

JENNY DEL

¡Casi pierdo
EL NORTE!

¡Casi pierdo
EL NORTE!

JENNY DEL

Primera edición.

¡Casi pierdo el norte!

Jenny Del

© Diciembre, 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[EPÍLOGO](#)

Capítulo 1



No hacía ni siquiera seis meses que había terminado una relación de cerca de ocho años con el que yo consideraba el amor de mi vida, cuando caí literalmente en las garras de Armando.

No exagero con lo de las garras, y es que, tras esa impresionante fachada suya por la que suspiraban muchas mujeres del barrio, se escondía el animal que casi nunca se dejaba ver más allá de la intimidad.

O sea, de cara a la galería era un santo varón que respondía gustoso con sus favores a quien fuese y que disfrutaba invitando a beber y comer a todo el que se le arrimase. Pero de puertas para adentro era un hijo de Satanás, por tanto, muy pocos los que de verdad sabían quién era aquel tipo.

Con su carita angelical y sus risueños ojillos azules, era capaz de embaucar a cualquier mujer que se le antojase, para después, teniéndola ya en su terreno, machacarle el cerebro con toda clase de vejaciones.

Al menos, esa había sido mi experiencia a su lado. No sé si realmente se trataba de un mismo patrón de comportamiento con unas y con otras o si se cebó conmigo, aprovechando que por esos días yo no tenía más salida que aguantar el chaparrón y capotear como pudiera todo lo que me echara.

Bueno, sí, sí sé de al menos un caso como el mío. Marta, su anterior pareja, le soportó también como pudo durante unos años. Ahí es nada, partiendo de la base de que yo había estado con él apenas cinco meses y casi me vuelvo loca.

De hecho, estoy plenamente convencida de que, si no me volví loca de aquellas, no lo perderé jamás. Creo que, después de lo vivido entre las paredes del apartamento que compartiéramos, estoy preparada psicológicamente para afrontar todo lo que la vida me tenga asignado.

La diferencia entre la pobre Marta y yo es que ella había tenido un hijo con él. Así pues, la pobre infeliz soportó por la criatura lo indecible, hasta que explotó y le plantó tras sufrir un millón de humillaciones, algunas en público. Como no la creía capaz de plantarle, eso había supuesto un golpe bajo para aquel capullo integral.

De entrada, a sus cuarenta años, era un hombre atormentado por las consecuencias del término de esa relación y por el influjo de una serie de malas compañías, lo que, en suma, le provocaba unas pesadillas horribles.

Se despertaba en mitad de la noche chillando como los locos y dando unos saltos de la cama que a mí, más de una vez, casi me hacen echar el corazón por la boca del susto.

Recuerdo que, en una de esas ocasiones, dando gritos sobre el colchón como un desquiciado, salió escopetado hacia la ventana y sacó medio cuerpo por ella. Parecía totalmente que fuera a tirarse.

Es más, estoy segura de que lo hubiera hecho si no vuelo tras él y se lo impido. Episodios parecidos a ese se repetían noche sí y noche no, de manera que, si el día era un sinvivir, la noche

no resultaba un calvario menor.

Cuando por fin se tranquilizaba y volvía a acostarse, a mí me daba normalmente por llorar, aunque no quisiese, y es que los sobresaltos que me llevaba me hacían reventar de esa forma. Lo peor es que ni eso me estaba permitido siquiera...

—Bueno estamos, ¿ya vas a empezar otra vez con las lagrimitas, Ana? —solía decirme.

—Es que me has asustado.

—Pues échate a dormir, que ya verás lo pronto que se te pasa.

Era él el único que volvía a enganchar el sueño. Esta que está aquí ya se pasaba el resto de la noche en vela. No obstante, a Armando tampoco le duraba mucho el descanso, porque raro era que no abriese los ojos a eso de las cinco y no empezara ya con la misma retahíla de siempre, y así, hasta que sonaba el despertador.

—A mí esta no me va a vacilar más. El día que la enganche por ahí, la mato.

—Cariño, por favor, déjalo ya. Ella no te está molestando. Solo quiere vivir su vida.

—¿Vivir su vida? ¡¡¡¿¿¿Vivir su vida???! Esté comiéndole el coco a mi hijo, ¿te enteras? ¡El niño solo se acerca a mí para pedirme dinero! ¿O es que no te das cuenta?

Claro que me la daba. Y tenía todita la razón del mundo en lo que decía, pero si el niño actuaba así con él, no era porque la madre le estuviera comiendo el coco, sino que, a sus trece años, ya iba adquiriendo la madurez suficiente como para ver por sí mismo qué clase de perro tenía por padre.

Y no es que con el chiquillo precisamente se portase mal, al contrario. Era cariñoso y, con tal de ganárselo y quedar como el bueno de la película, le daba todos los caprichos habidos y por haber, sabiendo que Marta no podía rivalizar con él en ese sentido, dada su precaria situación económica.

Pienso que tampoco hubiese sido positivo para su educación que ella hiciera igual con el niño comprándole todo lo que se le antojara, al revés. El tema es que Mario era consciente de las faenas que el otro seguía haciéndole todavía a su madre, aun habiendo transcurrido ya cuatro años de la separación, y eso a Armando le estaba pasando factura.

Volviendo al tema de sus pesadillas, estas también traían cola para mí durante el desayuno.

—Te tengo dicho que no me despiertes cuando me veas así. Nada más que estoy sonámbulo, y despertar a un sonámbulo es malo, ¿o no lo has escuchado nunca?

Algo me sonaba, pero ¿quién podía mantenerse impasible en esas circunstancias? Estar durmiendo tan tranquila y que a una la despierten de sopetón en la más absoluta oscuridad con esas voces era misión imposible.

Dejando a un lado sus pesadillas por tratarse de algo totalmente involuntario, Armando me las hacía de todos los colores. Podía pasar en décimas de segundo de estar mirándome embobado a bombardearme con una sarta de puyitas que dejaba caer “en broma”. No podía estar más ciega.

—Qué guapa eres, mi niña, qué ojos tan bonitos tienes. No me dejes nunca, ¿eh?

En esos momentos me sentía la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra, pero poco me duraba la ilusión; el tiempo de volver a abrir su miserable boca.

—...aunque esas patitas de gallo que te están saliendo te los afean un poco. Venga, vístete, que te voy a invitar a cenar unas ostras, pero no te me pongas ropa de fulana barata.

Una de cal y otra de arena. Así se las gastan este tipo de maltratadores, que tienen dos caras perfectamente definidas. A ratos, te hacen creer que eres la persona más especial del mundo para ellos, sin la que no pueden vivir.

En otros, es decir, la mayoría, te ofenden, te desprecian, tratan de hacerte ver que en

comparación con ellos no eres nadie porque se consideran dioses y que les debes hasta el aire que respiras.

Lo más triste es que saben montárselo tan bien que llega un momento en que de verdad te sientes inferior y empiezas a ver a ese malnacido como tu dios particular.

En este punto hay que decir que no todos son iguales. Unos se pasan el santo día dando voces e incluso son capaces de levantar la mano, mientras que otros, como el susodicho, actúan con más sutileza, aunque al final el resultado es el mismo; logran que te sometas a su dominio sin darte cuenta y que te sientas como un mojón temeroso incluso de abrir la boca.

Un sábado cualquiera, a eso de las ocho de la mañana, estábamos remoloneando en la cama cuando escuché una notificación de wasap. Había dejado por la noche el móvil cargándose en la cocina y me dispuse a levantarme para cogerlo, sabiendo de sobra de quien era el mensaje: o de mis padres o de Yolanda, mi intimísima amiga.

—Eso, corre, corre, que será alguno de tus amantes —Lo escupió y se quedó tan pancho.

—Armando, por favor...

—Ni Armando ni hostias. Ten cuidadito con sacar los pies del plato, porque sales por la ventana. Tú y tu colección de zapatos detrás.

No sé si hubiese sido capaz de llegar a ese extremo, pero no quise tentar a la suerte nunca ni replicándole, por si acaso. En realidad, mi conducta durante aquel tiempo en que conviví con él fue intachable desde primer día hasta el último.

Tenía silenciados mis contactos en la agenda, como si fuera una delincuente que me relacionara con gentuza de mi “misma calaña” o una golfa que tuviera ahí un listado interminable de rollos.

De sobra sabía él que ni lo uno ni lo otro era cierto, pero para no darle lugar a comentarios como aquel porque ya estaba viendo de qué palo iba, quise curarme en salud de esa manera; aparentando que mi móvil estaba como muerto porque no me hablaba ni con Cristo.

Eso era precisamente lo que él quería; aislarme por completo del resto de los mortales para tenerme bajo su ala a todas horas y que nadie fuese a intentar abrirme los ojos al respecto. Pero a mis padres, como es lógico, no iba a tenerles silenciados.

Mucho menos, encontrándose solos en el pueblo. Para colmo, mi padre llevaba un tiempo regularcillo de salud. En cuanto a Yolanda, era otra excepción, y es que, aparte de ser mi amiga del alma, tenía la “suerte” de contar con la simpatía de mi verdugo por su carácter, su saber estar y por no tener un rabo entre las piernas, claro.

Si Armando hubiese sabido el concepto que ella tenía de él y el contenido de ciertas conversaciones entre nosotras, otro gallo hubiera cantado. Bueno, la verdad es que en aquella época poco pude hablar con mi Yoli, mal que me pese. Efectivamente, el wasap era de esa chica que había nacido además con el don de la humildad y que se hacía querer por todo el que la conociera.

Había organizado una fiesta para celebrar su cumpleaños la noche del siguiente sábado. Aunque la pobre mía daba por hecho que yo no me apuntaría, no quiso dejar de invitarme, invitación que yo rehusé con una mala excusa.

Pillé el móvil y me apresuré a volver a la cama junto a Armando para enseñarle nuestros mensajes, ya que yo no tenía nada que esconder pero sí la convicción de que, de no hacerlo así, le daría que malpensar, y eso era lo último que deseaba.

—Dile que sí que vas a ir, mujer, pero ya sabes... a la una de la mañana, aquí de vuelta. Esa era la condición con Marta y tú no vas a ser más que ella.

Y punto pelota. Aunque muchas personas no me entiendan, otras se sentirán plenamente identificadas con cada detalle de mi relato. Hablo ya de forma neutral sin dirigirme a las mujeres, pues cierto es que somos muchas más las víctimas femeninas, pero son también bastantes los hombres que viven situaciones idénticas a manos del género contrario hoy día.

Con los padres de Armando mi relación era fabulosa. A pesar de lo poco que hacía que nos conociáramos, me querían muchísimo y el cariño era mutuo. Digamos que tuvimos muy buena conexión desde el principio, si bien más tarde entendí que, por su parte, debieron ver en mí, además de una buena persona, una tabla de salvación para quitarse aquel marrón de encima.

Lo digo con todas las letras, y es que solo ellos sabrán lo que también tuvieron que aguantarle, dándole cobijo desde que se separase de Marta hasta nuestra convivencia.

Muchos domingos venían a casa a comer, cosa que no me importaba pero que se estaba convirtiendo en un hábito tras el cual empezaba a verle una doble intención.

—Mañana iré a buscar a Mario para darle una vuelta en los *karting*. Te diría que vinieras con nosotros, pero ya he dicho a mis padres que nos harás una paella.

—¿Una paella? Armando, no me lo habías dicho.

—Ni falta que hace, ¿no?

—A estas horas de sábado ya está todo cerrado y no he comprado nada.

—Pues búscate la vida, cariñito mío. La gente tiene que ser más resolutiva...

Otro día cualquiera de aquellos en que ya andaba planteándome dejarle y salir pitando de allí, Armando se fue a trabajar y yo me quedé en casa tranquilamente porque iba a venir un fontanero a cambiar un grifo, pero enseguida comencé a sentirme fatal.

Conocía bien los síntomas y sabía sin duda alguna que tenía la tensión por los suelos, por lo que, temiéndome estar al borde de una de mis célebres lipotimias, tiré para el baño como pude.

Digo como pude porque no siempre he tenido tiempo de reaccionar. La mayoría de las veces ha sido cuestión de notarme flojilla y perder el conocimiento automáticamente. La inmediata siempre al irlo recobrando es notar el estómago revuelto y echar por la boca hasta la primera papilla.

Pero aquel desmayo fue diferente y me alcanzó el tiempo para recorrer el pasillo a tientas como la que está en otra dimensión; con los pies de plomo, ese zumbido en los oídos y ese velo oscuro que te va nublando la vista por segundos...

A medio metro ya del wáter, sabiendo la que me venía encima, me tumbé en el suelo y ahí se acabó mi suplicio. Media hora después de recuperar el sentido, se lo conté a Armando por wasap, pero ni se inmutó.

Sin fuerzas para hacer ni siquiera el almuerzo, me tumbé en el sofá. Cuando llegó, me encontró adormecida en él. Es lo que tienen las bajadas de tensión. Ni hola me dijo al entrar.

—Buahhh, pues no tienes tan mala cara.

No dije nada. ¿Para qué? Se metió en la cocina y se hizo una cutre tortilla a la francesa. Cuando volvió al salón, traía, además del plato, la escopeta cargada, para no variar.

—¿Te das cuenta de que a mí no me hace falta ninguna mujer para nada? Ya ves lo que he tardado en prepararme yo solito la comida.

Arreando. Eso era lo que había...

Capítulo 2



Solo quienes hayan pasado por una experiencia similar entenderán bien de qué hablo. Y sé que es muy fácil opinar desde fuera, si no, que me lo digan a mí.

Yo también era de las que decían que nunca me pasaría algo semejante con un hombre porque a la primera de cambio cogería la puerta y lo dejaría allí plantado tomando viento fresco. En cambio, caí como una más de tantas.

Salvo casos extremos en que existen también malos tratos físicos por medio, no eres consciente de lo que están haciendo con tu persona. Eso se ve mejor desde fuera, con el tiempo.

En mi caso, habían pasado dos semanas desde nuestra ruptura y todavía seguía con la misma pena que me invadiese al despedirnos aquella lluviosa mañana en que me fui de su casa, pensando en que no volvería a verle más.

—Lo que le pasa es que tiene algo ahí metido en la perola que... no sé... pero Armando no es mala persona, me voy a morir diciéndolo —le comentaba una tarde a mi amigo Jesús, psicólogo, mientras tomábamos café en una terraza.

—Ni buena persona tampoco, Anita. El problema, por lo que veo, es que tú no lo entiendes.

—¿Sabes? Echo de menos nuestras risas cantando en aquel karaoke y los desayunos en...

—Para el carro, nena. Eso es lo que ocurre con esta clase de personas; que, si no fuera porque te dan también buenos momentos, no podrían hacerte daño.

Esas palabras me dieron mucho que pensar. La mente es increíble y puede llegar a jugar muy malas pasadas. Rebobiné en mi cabeza y puse en la balanza los momentos buenos y los malos.

Sobra decir qué platillo bajó del tirón hasta la base, sin embargo, parecía como si el contenido de ese platillo hubiera quedado relegado a un rincón de mi memoria y el otro permaneciera intacto en la entrada. Y que me estuviese pasando aquello a esas alturas era de juzgado de guardia.

Más delito tenía el hecho de que, con lo que me había costado dar con la tecla para salir de allí “disimuladamente” sin provocar su ira, todavía me quedaran ganas de volver con él cuando lo intentase varias veces en los días posteriores a aquella conversación con Jesús. A un tris estuve de volver a caer en la misma trampa que me tendió al principio.

—Anita, mi vida, por el amor de Dios, vuelve a casa. Te juro que no te vas a arrepentir.

—Por favor, Armando, no me hagas esto. Sabes que no funcionaría.

—Palabra que no te va a faltar de nada conmigo. Esta casa no es lo mismo sin ti y yo... yo soy capaz de hacer una locura si no vuelves.

—Cariño, tranquilízate—Todavía tenía el santo cuajo de hablarle con esos miramientos.

—¡No puedo! Me estoy volviendo loco a solas aquí adentro.

—Está todo muy reciente, pero ya te acostumbrarás, ya lo verás...

—No, no, yo no quiero vivir sin ti. Mi vida sin ti es una puta mierda —diciéndomelo, lloraba como un niño chico.

Esa llamada me la hizo la primera noche que pasamos ya separados y me dejó tan tocada que no pude pegar ojo. Al día siguiente, ya era otro. El cambio parecía radical.

—Nada, he ido a llevar los pantalones de vestir a la lavandería, que ahí me los van a dejar planchados de lujo por tres euros cada uno nada más—Esa notificación no dejaba de ser otro de sus típicos ataques solapados.

—Claro que sí, cariño. ¿Ves? La vida sigue. Me alegro de verte mejor.

—Por supuesto que sigue. Por cierto, tengo que pasar por ahí esta tarde para recoger un pedido. ¿Te parece si tomamos algo?

La propuesta me resultó tentadora y no vi nada malo en aceptarla, pero más tarde me sacó los colores ante Yoli cuando se la conté, sentada junto a ella en la terraza de su ático.

—¿Qué me estás diciendo, Anita? ¿Qué has quedado con él para irte por ahí?

—Bueno, tanto como irme por ahí, no creo. Me ha dicho tan solo de tomar algo, pero supongo que se referiría a vernos por aquí cerca en cualquier bar.

—Anita, que todavía te apetezca verle es para matarte, pero, por favor, prométeme por lo menos que no te vas a montar con él en su coche.

—Tranquila, reina.

—No, tranquila, no. Ese hombre es peligroso y no quiero ni pensar hasta dónde puede llegar con tal de salirse con la suya.

Tras una hora esgrimiendo argumentos de todo tipo, consiguió quitarme las ganas, así que le llamé para anular el plan. Armando no se lo tomó muy mal.

—Bueno, tú te lo pierdes. Otra vez será.

Ahí quedó la cosa, aunque el muy astuto no se dio por vencido, así como así. De vez en cuando me daba toquecitos por wasap con su lengua embaucadora, quiero decir, tratando de camelarme sin recurrir al drama. Pero con el tiempo volvió a la carga, telefoneándome con toda la pena del mundo y mucha más. Me suplicó que cenásemos juntos en el restaurante de la esquina y esa vez sí que acepté. Había pasado ya cerca de un mes desde nuestra ruptura.

—Por más que me empeñe, no te entiendo, Ana —me dijo Yoli al verme salir tan arreglada del baño para bajar a reunirme con él.

—Porfí, no sufras, ¿vale? No me va a pasar a nada, sé lo que hago.

—No lo tengo yo tan claro, pero no puedo contigo...

Ni ella podía conmigo ni yo con mi lucha interna. Reconozco que por un lado no terminaba de fiarme de sus intenciones y me asustaba la idea de subirme a un coche con él, pero por otro... pues eso. Me avergüenzo de admitir que seguía enganchada a Armando, y de ahí que aceptase su propuesta de cenar a dos pasos de casa de Yolanda.

Me había instalado provisionalmente allí hasta que encontrase un trabajo que me permitiera pagarme, aunque fuese el alquiler de una habitación en un piso compartido con otras personas.

Y aunque se suponía que aquella iba a ser una cena tranquila, una vez más, mi ingenuidad se volvió en mi contra. Ahora me doy cuenta de lo estúpida que fui. ¿Qué podía esperarme de semejante individuo?

Llegó diez minutos antes de lo convenido y se paró en doble fila frente al portal de Yoli. Trató de convencerme sobre la marcha de que, mejor, cenáramos en el restaurante que acababa de inaugurar en un pueblo cercano su amigo Pipe, otro que tal baila. Pero me negué en redondo y, aunque mi negativa no le sentó muy bien, entró por el aro. En cuanto nos tomaron nota, empezó con la cantinela...

—Vuelve conmigo, Anita. Te necesito.

—Armando, ¿para esto me has hecho bajar a cenar contigo? Te he dicho mil veces que no puede ser.

—Es que tú no lo entiendes, estoy hecho una mierda desde que te fuiste. No tengo hambre, no duermo...

—Bueno, tú nunca has dormido en condiciones.

Al habérseme venido de repente a la cabeza sus pesadillas, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. A él tampoco debió gustarle que se las recordara, en vista de su reacción.

—¡Pues ahora duermo menos que nunca! —me contestó alzando la voz.

—¡Eh! Cuidado, ¿vale? A mí no me grites. —Ya no iba a tragarme ninguna de sus chulerías.

—¡Anda, mi madre! ¿Ahora te me vas a poner gallita? ¿Pero tú quién te has creído que eres?

—¿Yo? La que se va a levantar de esta silla y te va a mandar al mismísimo carajo como me vuelvas a gritar.

—¡¡¡Eh, tú!!! ¿Qué vocabulario es ese? ¿¡¡No sabes que Dios te está escuchando!!?

Por extraño que suene, Armando era religioso a más no poder, al punto de que siempre llevaba en el cuello un rosario. Además, tenía otro colgado permanentemente en una esquina del cabecero de la cama. “A Dios rogando y con el mazo dando”, ese era él.

Pero que le pusiera por delante en aquella discusión para tratar de achantarme me hizo reventar. Sé que me pasé con mi respuesta, que le encolerizó ya por completo, pero es que Armando había conseguido sacarme de mis casillas.

Los de la mesa de al lado nos miraron y yo me quedé cortadísima. Debía estar dando una imagen de barriobajera total, pero peor fue la expresión de odio que vi en su mirada.

—¡Estás loca!

—Ya lo creo. Loca de atar, ¡pero por haber venido!

—¡Pues tira millas, deslenguada! ¡Eres una ingrata!

Claro que las tiré. Y según me levanté y me di la vuelta, llamé a Yoli para que bajase al portal a darme el encuentro. Sabía que le había encabronado a lo basto y me daba miedo que pudiera levantarse y seguirme y hacerme vaya usted a saber qué.

A partir de esa noche sí que le cogí ya miedo de verdad. Pánico es la palabra. Por supuesto, le bloqueé en el móvil para que no pudiese volver a contactar conmigo, pero no me sirvió de mucho.

A la mañana siguiente me lo encontré en la acera de enfrente esperándome apoyado en la pared. Por narices tenía que escucharle, algo a lo que yo ya no estaba dispuesta de ningún modo. Es más, incluso me enganchó del brazo para retenerme y hacerse oír. Le amenacé con ponerme a chillar como una posesa antes de salir pitando de allí. El muy cobarde se resignó y me soltó, claro.

Pero episodios como aquel se sucedieron en los días posteriores. Otra de las veces volví a verlo al salir del portal, solo que montado en el coche. Si pretendía intimidarme, lo estaba consiguiendo, haciéndome ráfagas con las luces y liándola parda, allí aparcado, pisando a fondo el acelerador del BMW. La gente le miraba como diciendo que estaba chalado.

—Tenemos que ir a denunciarle, Anita, esto es acoso total—Yolanda estaba tan preocupada por mí como yo.

—No. No me atrevo.

—A los chulos de mierda como ese, solo se les bajan los humos con la ley por delante.

—Te digo que no, Yoli. Me da terror.

—Terror es pensar que cualquier día puedas salir en el telediario...

—A ver, reina, si le denuncio, ¿sabes qué voy a conseguir?, como mucho, que le pongan una orden de alejamiento.

—Pues ya sería un buen comienzo. Sabes que, en el fondo, ese menda es un cagón miserable y lo mismo así te deja en paz de una santa vez.

—O no. Quizás lo único que consiga sea enfurecerlo más y que al final salgamos en las noticias de todas, todas. Me aterroriza, Yolita. Tengo que irme de aquí a donde no pueda encontrarme de ninguna forma para que se olvide de mí...

Capítulo 3



La idea no era mala, de no ser por el hecho de que no tenía ni donde caerme muerta. Ya había agotado el paro y estaba hasta el moño de echar currículums sin éxito, así que andaba yo como para coger un avión y plantarme en Londres o cualquier otro sitio en la otra punta del mapa para buscar trabajo. Sin un duro y con la cabeza atormentada, ese era el resumen.

La suerte llamó a mi puerta una tarde en que me encontraba desmoralizada al máximo. Tirada con Yoli en el sofá, hablaba por wasap con mi amigo Jesús para desahogarme, mientras ella cotilleaba en su face.

—Hey, Anita, mira esto —me dijo tendiéndome su móvil.

Era un anuncio de uno de esos grupos a los que estábamos apuntadas. En este caso, de “Asturianos por derecho”. Y de raíces asturianas era mi queridísima Yolita, de ahí que formase parte de él. La semana anterior me había hecho meterme a mí también en él por pelotitas, aunque no me apetecía un pimiento.

—Así te entretienes un poco —había argumentado—. Ya verás, es un grupito muy divertido, de poca gente, pero la mar de sana. De vez en cuando ponen chistes y unos anuncios de ventas y de intercambios de cosas que te partes. La gente tiene cada ocurrencia que para qué.

Entré desde mi cuenta y localicé el anuncio en cuestión. Se buscaban a dos personas para trabajar en un caserío de Oviedo: una mujer interna para cocinar y hacerse cargo cuando hiciese falta de una niña, así como un jardinero que se encargase también del mantenimiento general de la casa.

—Para cocinar, Ana, tu especialidad...

—Pero en Asturias, Yoli, en la Conchinchina, como quien dice.

—Qué exagerada eres. ¿Y qué? ¿No estamos hablando de irte lejos una temporada? Pues la ocasión la pintan calva, chica.

—Ya, pero fíjate, ya hay siete candidatos a la cola.

Era cierto, aunque el anuncio llevaba puesto menos de una hora, las reacciones no se habían hecho esperar. Sin embargo, en el texto decía bien claro al final: “Interesad@s, contacten por privado”. Y eso fue justo lo que hice yo.

La verdad es que no tenía mucha fe en que me respondiesen siquiera, pero me equivoqué. Lo hizo, y casi de inmediato, un hombre bastante educado y simpático, que me dio muy buena espina de entrada.

—Buenas tardes. Dice que le interesa el puesto. ¿Tiene experiencia demostrable, Ana? ¿Alguna referencia?

—Bueno, soy de esa gente que piensa que el movimiento se demuestra andando, pero sí, las tengo. He trabajado como cocinera en restaurantes durante algunos años. Por favor, no me hable de usted.

—Estupendo, aunque he visto en tu perfil que no eres de aquí.

—Eso no me supone ningún problema. No tengo cargas familiares ni problema en trasladarme, y en su anuncio dice que busca a alguien permanente en su casa.

—Así es, aunque libraría la tarde del sábado y el domingo completo, para que no se diga —añadió un emoji sonriente—. Por cierto, puedes tutearme tú también.

—¡¡¡Dile que perfecto, que te interesa!!! —Mi amiga, que seguía la conversación pegadita a mí, me animaba.

El hombre enseguida me pidió el número de móvil para continuar hablando conmigo por teléfono.

Enzo tenía 33 años y había enviudado unos meses atrás. Su mujer había fallecido después de una larga lucha contra un cáncer de mama, dejándole solo con una cría que aún no habían cumplido los cinco añitos.

Por lo que me contó también, era arquitecto y generalmente trabajaba en casa, pero de vez en cuando tenía que acudir a su despacho del pueblo y, en ocasiones, salir de viaje.

—Suelen ser viajes cortos, de ir y volver en el día. Como mucho, de día y medio. Por eso necesito a alguien en casa que se ocupe de mi hija cuando tengo que ausentarme. ¿Te gustan los niños, Ana?

—Mucho, y tengo buena mano para ellos, créeme.

No le estaba mintiendo para ganarme su confianza. Los niños me han encantado desde siempre. Y parecer ser que a aquel hombre yo también debí encantarle, porque me dijo que, si no tenía ningún problema en personarme allí en un par de días, contaba conmigo.

Sí que le habían escrito varias personas por el face antes que yo, pero directamente a pie de la publicación y no por privado, como él pedía. Eso no le había gustado mucho. Me dijo que yo le había causado muy buena impresión y que estaba dispuesto a dejarse guiar por ella.

Por aquello de los horarios de los trenes, acordamos que caería por su casa a mediodía del lunes y que empezaría directamente a trabajar para aquella familia que se había “quedado coja”, según sus propias palabras.

En principio, estaría quince días de prueba y luego me haría un contrato por un año como mínimo. El sueldo estaba bastante bien, y más, teniendo en cuenta que no tendría que pagar alquiler ni gastos ni comida.

—Además, podrías marcharte en cualquier momento si por lo que fuera no te encontrases a gusto, Ana. Te rescindiría el contrato, y tan amigos.

—Niña, a ti te ha venido a ver Dios hoy —Me soltó Yolanda, que estaba más entusiasmada que yo, después de colgarle y contarle por encima lo hablado.

—Pero estoy asustada, Yolita. Me voy de interna y no sé si mi cabeza está ahora mismo para eso. No sé si podré adaptarme a esos horarios o si me va a entrar de todo por el cuerpo y me voy a terminar dando chocazos contra la pared.

—No digas chorradas, Ana. El hombre te ha hablado bastante claro, nadie te va a retener allí. Aquello no va a ser una cárcel, hija mía. Si ves que no te adaptas y te quieres volver, siempre estarás a tiempo.

—Eso sí.

—¿Tú no estás todo el día diciendo que si te pudieras quitar de en medio lo harías con los ojos cerrados? Pues ahí lo tienes, hermosa. Vete una temporada, Anita, te vendrá bien. Vas a perder de vista a ese hijo de Caín y encima vas a ahorrar un dinerito.

—Eso, y cuando vuelva, con lo que traiga en la hucha, me compro un chalet en La Moraleja

¿no?

Mi amiga se echó a reír con mi ocurrencia.

—O no, quién sabe. La vida da muchas vueltas y lo mismo te termina gustando tanto el norte que después no quieras volver para acá.

—Pues no será porque vaya a tener mucho tiempo de ver cosas por ahí.

—Ay, hija mía, ¡qué negativa estás hoy! Vas a librar medio sábado, los domingos y los días de fiesta, según te ha dicho también al final, ¿no? ¿Qué más quieres?

—De poco me van a servir esos días de libranza. No conozco a nadie allí ni para ir una tarde al cine. Además, ¿qué hago?, ¿me quedo a dormir en un hotel los sábados o cuando llegue un puente?

—O te tiras por él, ¡no te digo! Chica, no puedes estar así, poniéndole pegas a todo. Si no estás segura, llámale y dile que siga buscando candidatas para que le cocinen.

—No, tienes razón, Yoli, tengo que intentarlo.

—¡Esa es mi Ana! Mira, niña, ya irás conociendo a gente por allí poco a poco. Y lo de los fines de semana y los puentes... seguro que ese hombre no tiene ningún inconveniente en que duermas allí también, aunque no estés obligada. Venga, ¿un cubatita para celebrar que ya tienes curro?

—¡Hecho!, venga ese copazo.

Tomándonos un ron con coca cola cada una, nos metimos en la página de Renfe para pillar el billete de tren.

—Curioso lo de que necesite también un jardinero a la vez, ¿no, Anita?

—Bueno, por lo que me ha contado, siempre han tenido uno en casa, pero el último se le marchó al extranjero con la mujer la semana pasada. Cocinera no han tenido nunca porque no les hacía falta, pero se ve que el hombre no debe saber ni freír un huevo.

—Otras virtudes tendrá.

—Claro, como todo el mundo. Dice que, desde que murió su mujer, más o menos, se ha ido bandeando con la criatura porque no se ha tenido que mover de casa, pero que ya le va tocando y que no quiere tener que estar tirando de la madre para que se encargue de ella.

—Pobre hombre.

—Y tanto. Me ha dado una pena que ni te imaginas cuando me ha comentado lo que echaba de menos unas buenas croquetas caseras de cocido. Se le ve que es un tipo súper noble.

—Lo que yo te diga. A ti te ha tocado hoy la lotería. A ti y a él, porque... deja tú que pruebe una tarta de manzana de las tuyas o una paella de esas que haces que quitan el sentido. Ahí sí que echa la llave de la mazmorra contigo dentro y la tira al río para que no te escapes ya nunca de allí.

—Déjate de guasa, ¿eh, Yolita? Yo no pienso quedarme en Asturias ni de coña.

Desde luego, no tenía ninguna intención. De momento, era un trabajo al que me iba a agarrar como a un clavo ardiendo. ¿Cuánto tiempo pasaría por aquella tierra que me era desconocida por completo? Eso el tiempo lo diría, y es que dependería en gran medida de las circunstancias.

El lunes por la mañana, cuando me subí a aquel tren, me entró otra vez la angustia. Mi suerte estaba echada y ya no estaba tan segura de si había hecho bien aceptando aquel trabajo.

A medio trayecto, pensando en lo que dejaba atrás, no pude evitar las lágrimas. No solo por mis amistades, pocas pero buenas, sino que pensaba en lo distinto que podría haber sido todo.

Naturalmente, con el cabronazo de Armando, todo era inviable. En ese lío me había metido yo solita y tuve que salir por patas antes de perder la chaveta. Eso, en el mejor de los casos.

Distinto había sido lo de Dani, mi gran amor. Todo marchaba sobre ruedas en nuestra relación.

Como dije al principio, llevábamos cerca de ocho años juntos y nos adorábamos.

Él tenía un bar y yo había estado trabajando con él durante los tres últimos años preparando menús, mayoritariamente para los obreros de una fábrica cercana.

Cerrábamos los domingos por descanso y solíamos aprovechar para pasarlos juntos. Casi siempre nos íbamos al campo porque a los dos nos encantaba, pero aquel fatídico día no le acompañé. Me había dicho que quería ir a pescar con Manolo y Julio, sus dos intimísimos, pero que, igualmente, podía ir con ellos también.

Le contesté que no, que aprovecharía para poner en orden cosas en casa de papeles y demás, y que yo no pintaba mucho allí con ellos tres, viéndoles con las cañas. En el fondo, no era solo eso, sino que la pesca es algo que me aburre de muerte.

Se ve que mi destino me tenía reservado a mí algo muy distinto a él. ¿Qué habría ocurrido de haber ido de paquete en la moto aquel día? Ya nunca lo sabré.

Solo sé que lo nuestro se truncó de la manera más cruel posible, aunque la peor parte se la llevó Dani porque aquel accidente le destrozó la vida al dejarle postrado para siempre en una silla de ruedas.

Fueron los días más amargos de toda mi existencia. Y de la suya. Aunque yo era consciente de la lucha que me quedaba por delante, me propuse afrontarla con fuerza para sacarle a flote de aquel pozo de amargura en que cayó.

Mi amor por él estaba por encima de todo, pero Dani estaba hundido por completo y día a día se fue distanciando de mí cada vez más. Por mucho que intentaba animarle y que abriese la mente, no había manera humana.

Se volvió un ser huraño con todo el mundo, yo incluida, que era la que tenía más a mano. Aunque le eché paciencia al asunto, pensando que con el tiempo las cosas podrían ir cambiando poquito a poco, me equivoqué, al punto de que llegó un día en que me dijo que lo nuestro debía terminar. Me quedé muerta.

—No me digas eso, Dani, por lo que más quieras —le respondí llorando más que Jeremías.

—Será lo mejor para los dos, Ana.

—¡Pero yo te quiero, cariño! Juntos podremos superarlo, ya lo verás.

—Y yo a ti, Anita, pero no quiero que sacrifiques tu vida por mí. Debes irte. ¡Quiero estar solo! ¿No lo entiendes?

No, no lo entendía. Yo estaba dispuesta a todo con tal de no perderle, pero de nada me valió patalear ni llorar ni suplicarle. Él había tomado la decisión por ambos y era irreversible. ¡Qué locura, santo cielo!

Se volvió a casa de su madre y, aunque al principio manteníamos el contacto, llegó un momento en que ya no quiso ni eso. Alegó que no era beneficioso para ninguno de nosotros y que solo cortando todo radicalmente, visitas, llamadas y demás, podría rehacer mi vida más adelante.

Yo no quería ni pensarlo. Él era el hombre de mi vida y esta que está aquí seguía ahí con la esperanza en pie, pero él ya no me quería en la suya. A raíz de eso, caí en una depresión de órdago. Meses más tarde, se cruzó Armando en mi camino para ponerme la puntilla...

Con la cabeza apoyada en la ventanilla y recordando con una amargura infinita todo aquello, cerré los ojos y me debí quedar dormida, porque cuando volví a abrirlos, los demás pasajeros del vagón estaban sacando ya sus maletas del porta equipajes. Habíamos llegado a nuestro destino y comenzaba un nuevo capítulo de mi vida...

Capítulo 4



Tomé un taxi en la estación y le di al taxista la dirección que me había enviado Enzo por wasap. A medida que nos íbamos acercando a aquel casoplón, mi inquietud iba en aumento, viendo cómo la ciudad quedaba atrás y nos adentrábamos en aquel laberinto de carriles sin asfaltar en pleno campo.

Temblaba ya como un flan cuando llegamos a “*Villa della principessa*”, según rezaba en el tablón de madera con letras cinceladas, a la izquierda de la cancela de forja.

Pulsé el timbre. A través de los barrotes de hierro, podía verse la casa y todo lo demás; un vivero enorme, un pozo al fondo, árboles de todas clases... incluso una piscina cercada, me pareció ver desde allí.

El timbrazo alertó a un perro tamaño mamut que corría hacia mí ladrando como un loco. Eso era lo único que me faltaba. “¡¡Calla, Milord!! ¡Deja de ladrar!”; oí gritar a lo lejos.

Segundos después, salió de la casa un chaval para abrirme. Vestía vaqueros de pitillo desgastados, camiseta blanca llena de manchitas de pintura de colores y zapatillas deportivas. Llevaba unas gafas de montura metálica finita y una graciosa melenita oscura sobre los hombros.

Supuse que aquel chico de ojos negros que me dedicó una sonrisa de galán de cine al llegar a la puerta debía ser algún amigo o hermano de la persona que me esperaba.

—Buenas. Pregunto por Enzo.

—Muy buenas. Tú debes ser Ana, ¿no?

—Sí, soy yo.

—Adelante —Debió darse cuenta de que los perros me daban pavor, porque lo agarró fuertemente por el collar y lo apartó de mí—. ¿Te da miedo?

—Un poco.

—Tranquila, aquí donde le ves, es más manso que un corderito. Sígueme.

Le seguí por aquel caminito de piedra en descenso hasta llegar a la casa. Grandísima, por cierto. Entramos a ella por una escalerita sin pasamanos de cuatro o cinco peldaños que daba a un pequeño recibidor. De frente estaba la cocina y, a la derecha, la puerta de un gigantesco salón. En él, una chica pasaba el plumero por encima de los sofás.

—Laly, te presento a Ana.

La muchacha soltó el plumero, se acercó a mí y me plantó dos besos.

—Encantada.

—Igualmente —le respondí.

—Laly —El chico volvió a dirigirse a ella—, esta mujer pregunta por Enzo. ¿Le has visto por ahí?

—No, no tengo ni idea de donde estará hoy —le contestó con una sonrisa burlona.

Por un momento me temí lo peor. ¿Qué clase de broma era aquella? Se suponía que el que iba a

ser mi jefe debía estar esperándome allí a esas horas. De hecho, no hacía ni quince minutos que había hablado con él por wasap al bajarme del tren para que me diese la dirección exacta y me había dicho que allí nos veríamos.

—Está bien —prosiguió—, voy a dar una vuelta a ver si le veo.

Literalmente eso de la vuelta, porque, acto seguido, dio un giro sobre sus talones y se quedó de cara a mí.

—Enzo Rinaldi —me dijo tendiéndome la mano y sonriéndome pícaramente.

Me quedé de piedra, como los muros que rodeaban aquel caserón.

—Ana Carrión —le contesté sin más estrechándosela.

Laly soltó una discreta risilla. Se veía a leguas la complicidad entre aquel par de seres. La chica era la encargada de la limpieza y él era la persona con la que yo había hablado por teléfono un par de días atrás. ¡Quién lo hubiera dicho!

La verdad es que me lo esperaba de otra forma; vestido de manera más formal, con otro aspecto físico... no sé. Me bastó echar una ojeada a las paredes y observar los cuadros para entender el significado de aquellas manchas de colores que salpicaban su camiseta. Enzo debió leerme el pensamiento.

—Los he hecho yo. Esa es mi hija Aroa—Me señaló un retrato.

—Es fantástico.

—Irás viendo otro puñado de ellos por la casa. Por cierto, ven que te la enseño.

Le seguí por el amplio comedor, donde no faltaban un acuario gigantesco plagado de increíbles peces exóticos y, por supuesto, una gran chimenea en el centro de la pared del fondo.

A pesar de los muchos metros cuadrados de la casa, no tenía la distribución de la de la Preysler. Eran cuatro los dormitorios y tres los baños, uno de ellos, el más pequeño, en la cocina. El más espectacular, con jacuzzi, dentro de su dormitorio.

—Esta será tu habitación —me comentó al abrir la puerta de la última que me quedaba por ver—, espero que sea de tu gusto.

—Es preciosa.

—Mi deseo es que te sientas aquí como si estuvieses en tu casa, Ana.

No era un cumplido lo que servidora acababa de decirle. El dormitorio que me había asignado era un dulce, con un hermoso armario empotrado de puertas rústicas, un amplio ventanal que daba a la piscina y una cama a juego bajo este, de lado a lado, llena de cojines de rayas, cuadros y lunaritos, que coordinaban entre sí.

—¿Dónde está la niña?

—En el cole —Enzo miró al reloj— Ufff, sale en veinte minutos. Me gustaría que vinieses conmigo a buscarla para que veas donde está el colegio. Normalmente, la llevo y la recojo yo, pero alguna vez tendrás que hacerlo tú.

—Claro, pero...

Me quedé pillada, y es que, por mucho que quisiera, nosotros estábamos en el campo, con lo que debía haber un buen trecho hasta él. Por segunda vez, Enzo debió intuir lo se me había cruzado en el pensamiento.

—No te preocupes, mujer, que no iréis a pie. Acompañame.

Le seguí hasta el garaje, bien hermoso también. Calculé que en él debían entrar de sobra cuatro coches.

—Este es el mío —Enzo puso una mano en el maletero de un Toyota negro —y ese era el de

mi mujer. Será el que tú utilices para todo lo que necesites.

Me quedé boquiabierta, contemplando aquel flamante Lexus blanco de tapicería en color camel.

—Qué bonito, es una maravilla.

—Sí, no está mal. A Sandra le chiflaban los coches. Venga, ¿lo cogemos para que te vayas familiarizando con él?

—Como quieras, Enzo.

—Pues vamos allá, Ana, quiero que te sientas aquí como en familia. Aroa es una niña muy extrovertida, pero desde que falleció su madre está un poco retraída, como más tristonera, no sé si me explico.

—Perfectamente, pero es normal. Ten en cuenta que tiene una edad delicada, ya no es un bebé que no se entera de nada, pero tampoco es una niña mayorcita para entender lo que ocurre. Debe estar echándola mucho en falta.

—Así es. Lloro mucho por las noches, y ahora más, con los primeros días de colegio. Por eso te digo que quiero que vea en casa un ambiente familiar, con gente alegre a su alrededor.

—No te preocupes. Haré todo lo que esté en mi mano. Es cuestión de tiempo, Enzo, está todo reciente aún.

Aquel atractivo joven que conducía al lado de mí me dedicó una amable sonrisa que corroboró mi teoría de que podría llegar a sentirme la mar de a gusto trabajando para él en esa formidable casa.

La cría resultó ser una dicharachera diablilla de tirabuzones pelirrojos y pequitas, y es que, cuando el padre la sentó en su sillita en los asientos traseros, aprovechó la parada en el primer semáforo para echar el cuerpo hacia delante y pegarme tal tirón de la coleta que por poco no me la arranca.

—¿Tú vas a ser ahora mi mami?

Su pregunta me pilló totalmente desprevenida y, así de repente, no supe qué contestar, pero Enzo salió al paso.

—Cariño, Ana va a ser quien juegue contigo a las muñecas cuando papá no pueda. Y te va a hacer unas croquetas de pollo riquísimas, de esas que tanto te gustan.

La mención de las croquetas nuevamente me hizo sospechar que aquel debía ser uno de los platos favoritos de Enzo.

—¿Y gofres de chocolate también? —Me preguntó a mí.

—También, también —le contesté.

A la chiquilla se le iluminó la cara de golpe. Y a mí me dio por pensar que por ahí tenía una vía abierta para irme ganando su simpatía. Seguí hablándole.

—Y tartas de fresa y flanes. ¿Cuál es tu postre favorito, Aroa?

—Umm —Se quedó pensándolo, mirando por la ventanilla del coche—. ¡El tiramisú que me hace mamá! —ya la jodimos, pensé—. Cuando vuelva de su viaje al cielo, le voy a decir que me haga muchos.

Se me cayó el alma a los pies.

—Bueno, pues mientras ella esté de viaje, yo te voy a hacer todos los tiramisús y bizcochos que quieras.

—¡Vale!

A partir de ahí, se hizo el silencio entre nosotros tres. Cuando llegamos a casa, Laly ya se había marchado.

—Viene un rato todas las mañanas de lunes a viernes para encargarse de la casa en general, la limpieza, la ropa, la plancha...lo típico —me comentó Enzo.

—Bien, ¿qué te apetece que prepare hoy de comer?

—No te preocupes, Ana. En vista de la hora en que llegarías, supuse que se nos echaría encima la hora del almuerzo, así que he encargado una fabada asturiana a un restaurante del pueblo que sirve a domicilio. Las hacen riquísimas. No tardará en llegar el chico de reparto.

Dicho y hecho. A los cinco minutos sonó el timbrado y Milord salió escopetado hacia la cancela ladrando como un loco. Enzo corrió tras aquel impresionante Alaskan Malamute al que ya empezaba a acostumbrarme.

—Este tiene más peligro que una caja de bombas —me dijo al volver con la cazuela de barro—. Deberás tener cuidado con él. Una noche se me zampó de dos bocados una tortilla de patatas recién hecha que dejé en la encimera.

Ese italiano sin acento alguno ya porque, según me contase más tarde, llevaba viviendo en España desde muy niño, había insistido en que comiese con ellos. Por lo hablado, así sería siempre en lo sucesivo....

Capítulo 5



Aquella primera noche en la casa, acostada ya en mi cama, pensé en el contraste entre mis temores al subir al tren y la realidad. Ni Enzo era el clásico señor de la casa estirado ni a mí me iba a costar mucho adaptarme a mi nuevo estilo de vida, sino al contrario.

Estábamos a mediados de septiembre, por lo que todavía hacía calor, pese a que las temperaturas en el norte eran muy distintas a las que yo estaba acostumbrada.

Abrí todas las hojas del ventanal y cogí el móvil para hablar con Yolanda. Para entonces, ya tenía un wasap suyo a la espera de respuesta.

—Niña, ¿qué tal?, ¿más animada?, ¿qué tal es tu jefe? ¿y la casa?

—¡¡¡Yolita!!!

Mi queridísima amiga enseguida se conectó.

—¡Hey!, ¿qué tal, loqui?, ¿todo bien?

—Todo genial, cariño.

—Cuenta, cuenta...

—Pues nada, de momento, muy contenta, la verdad. Esta casa es una pasada de bonita.

—¿Y el amo de la mazmorra?

La muy guasona, le había añadido un cerro de emojis partiéndose de la risa a ese último wasap. No me dio tiempo a responderle.

—¿Es tan bonito como la casa o qué?

—Pues mira, sí. Por dentro y por fuera.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Es una persona encantadora, la verdad. Y físicamente está que quita el hipo, no aparenta su edad, parece mucho más joven.

En ese punto, le relaté lo que había sido mi primera toma de contacto con él; aquello de que hubiera imaginado que quien me abrió la cancela fuese cualquier persona menos mi jefe.

—Jo, no sabes cuánto me alegro por ti, Anita. Vamos, que tienes trabajo para rato, ¿no?

—Eso espero.

—Muy bien, pero vendrás a mi boda, ¿no? Oye, y el jardinero ese nuevo, ¿ya ha llegado también?

—Todavía no. Parece ser que vendrá mañana.

A propósito de jardinero; levanté la vista y me quedé observando uno de los maravillosos cuadros firmados por Enzo que decoraban las paredes de mi dormitorio. Era un precioso paisaje de girasoles. Al lado, otro de un balcón lleno de macetas con geranios de varios colores.

—¿Y sabes qué? —Continué diciéndole— Mi jefe pinta como los ángeles.

—¿Que sí? ¡Qué completo el arquitecto, hija!

—Y tanto. Y simpático. Más que un jefe, parece un amigo de toda la vida.

—Qué guay, niña. Qué alegría me da oírte.

—Es más, te cuento, esta tarde nos hemos bañado los dos en la pisci con la renacuaja.

—¿Qué dices? No me lo puedo creer...

—Lo que oyes. Ya te digo que es un tipo súper cercano. Por lo poco que he visto, también debe llevarse de maravilla con Laly, la chica de la limpieza.

—Genial, tía. Bueno, pues me alegro muchísimo, hija.

Como cantaría Marisol, yo también me eché a dormir esa noche con el corazón contento, lleno de alegría, dando gracias a la vida por la oportunidad que me había ofrecido con aquel trabajo.

A la mañana siguiente, me levanté temprano para echar una mano a Enzo con el desayuno de Aroa, y es que ya me había dado cuenta de que la niña tenía cacaruca para comer. Todo lo que fuesen dulces, muy bien, pero lo demás... eso decía que para mi prima.

La cría tenía formada una señora pajarraca en la cocina por mor de las tostadas con aceite. El joven italiano se sorprendió al verme entrar.

—Buenos días, Ana. No esperaba verte tan pronto.

—Buenos días, Enzo. Pensé que tal vez te viniese bien mi ayuda.

—Te la agradezco. Esta es la misma historia de todos los días con ella. El Cola Cao se lo bebe sin piar, pero el pan... me cuesta la misma vida metérselo. Y me niego a darle dulces todos los días para desayunar.

—Déjame a mí.

Me senté a su lado y cogí la tostada.

—A ver esta niña tan preciosa, a ver qué boca tan grande tiene...

La boca grande, no, pero “malas ideas”, todas las del mundo. Cuando fui a meterle la tostada, la *joía* me la quitó de la mano y me la estampó en lo alto de la cabeza de un manotazo.

—¡Aroa! ¡Ya está bien! —le gritó el padre agarrándola del brazo—. Esta tarde no hay dibujitos en la tele que valgan.

Me llevé la mano a la cabeza y comprobé que tenía el pelo impregnado de aceite, pese a lo cual, cuando la cría rompió a llorar, no pude evitar sentir lástima por ella. A fin de cuentas, era una niña de apenas cinco años que acababa de perder a su madre y esa carencia se reflejaba de continuo en su actitud.

—Vamos a ver, preciosa, ¿te acuerdas del cuento de la princesa que te conté ayer por la tarde? —Enfurrugada, me miró de reojo, con la cabeza agachada y los brazos cruzados—. Dime, ¿te acuerdas o no?

—Aroa, que te está hablando Ana. Contesta, hija mía.

—Sí —me respondió de mala gana.

—¿Sabes por qué esa princesa era tan guapa y tenía el pelo tan bonito? Porque se comía todas las mañanas para desayunar una gran rebanada de pan con aceite como este —le dije señalándole la otra.

—¿Y por eso era también tan alta?

La chiquilla me habló ya en son de paz. Qué inocentes pueden llegar a ser los niños, madre mía.

—Claro que sí. El aceite es muy bueno para crecer y para tener el pelo brillante.

Como yo ahora mismo por tu culpa, pensé para mis adentros. No me hizo falta decirle más pamplinas para que cogiese por su cuenta la tostada del plato y empezase a engullirla.

—Muy bien. Así hacen las chicas grandes como tú.

—Ana, ¿me vas a contar otro “tuento”?

—Claro que sí, pero un “tuento”, no. Se dice cuento —le corregí—. Esta tarde te contaré un cuento más bonito todavía. ¿Vale?

—¡Vale!

Ahí se acabó la tangana. La chiquilla se terminó el desayuno y el padre la cogió en brazos para llevársela.

—Venga, campeona, que llegamos tarde al cole.

—Un momento —le pedí.

Enzo me miró con asombro, pero después de colocarle mejor las gomas de las coletas que le había hecho de aquella manera a la niña, me dedicó una sonrisa de gratitud.

—La peluquería no es lo mío.

—No te preocupes, es normal —le dije devolviéndole la sonrisa.

—Voy a llevarla. Ahora vuelvo.

—Muy bien. Hasta luego.

—Hasta luego. Nos vamos, Aroa. ¿Qué se dice?

La niña también se despidió de mí con un tímido “Adiós, Ana”. Cuando Enzo regresó del colegio, yo ya había desayunado y andaba echando un ojo al frigorífico y al arcón congelador de la despensa para ver qué hacía falta comprar y poder organizarme.

Entró directamente a la cocina, se sirvió un café y me ofreció uno, alegando que quería hablar conmigo. Aunque un poco cortada, no me quedó más remedio que aceptárselo.

—Deberás tener paciencia con ella, Ana, sobre todo, cuando yo no esté. Hasta ahora he ido tirando de mi madre para que me ayudase, pero ella no es precisamente una persona paciente, al revés.

—Las personas mayores no suelen serlo.

Según lo solté, sentí que tal vez había metido la pata hasta el fondo. Yo no conocía a la señora y, por tanto, no tenía ni idea de su edad, pero hice un cálculo rápido, partiendo de la base de que Enzo era su único hijo y solo tenía treinta y tres años. No debía ser muy mayor. Su respuesta me dio la razón.

—No creas, no es tan mayor. Tiene cincuenta y cinco años, pero no es muy niñera que digamos. Al contrario, tengo la sensación de que detesta a los niños, pero...

—¿Pero?

Enzo se tomó su tiempo antes de continuar.

—Bueno, la verdad es que mi madre tiene un carácter un poco especial. Ya la conocerás.

El gesto de manos con que acompañó a ese “muy especial” me dio que pensar que la doña debía ser una mujer de armas tomar. Enzo me contó otra serie de detalles familiares que no tenían por qué haber trascendido, pero estaba visto que tenía plena confianza en mí. Y ganas de hablar.

Parece ser que el padre de mi jefe les había abandonado siendo él muy pequeño y se marchó a Argentina. Francesca, que así se llamaba la mujer, nunca más quiso volver a saber de hombres. No había rehecho su vida, aduciendo que todos eran iguales, es decir, unos impresentables y unos ingratos, en boca suya.

A raíz de la marcha de su marido, se volvió un ser un poco “agrijo”. Poco después agarró al chiquillo y dejó su Venecia natal para instalarse en España, no pudiendo soportar la humillación al enterarse de que Piero se había quitado de en medio porque llevaba tiempo liado con Bianca, una prima hermana de su esposa que se había trasladado hasta el viejo continente por motivos laborales.

Está claro que todos tenemos nuestro sino. Y el de Enzo había sido caer a la tierna edad de

nueve años en nuestro país, en otro colegio, con otro idioma, otras costumbres...

Años más tarde, en la facultad, el destino le puso por delante a Sandra, su única novia.

—Mi madre tampoco es que le diera nunca el visto bueno, de hecho, tuvieron alguna que otra bronca a lo largo del tiempo —me había dicho llegado ese punto del relato.

—Vaya...

—Como comprenderás, me ponían entre la espada y la pared cuando saltaban las chispas entre ellas. Me veía obligado a tomar partido, y al final...

Ahí se calló la boca. Las lágrimas asomaron a sus ojos e imaginé que se estaba emocionando por el recuerdo de la fallecida. Y al final... la enfermedad se la había arrebatado de sus brazos, supuse que había querido decir.

Se me vino a la cabeza irremediablemente mi Dani. En cierto modo, Enzo y yo estábamos unidos por la desgracia. Él había tenido un solo amor y no le había durado mucho. La muerte les separó.

Yo había tenido también mi gran amor, aunque no fue la muerte la que me separó de él. Por poco, desde luego que sí. En nuestro caso, lo había hecho esa infinita amargura que le cayó de sopetón por lo alto y que no tenía visos de disolverse.

Hablo con conocimiento de causa, puesto que de vez en cuando me seguían llegando noticias tuyas por parte de amigos comunes que me aseguraban que cada vez estaba más hundido. Pensar en él me partía el corazón en dos, pero ya no podía hacer nada. Era un capítulo pasado.

—Bueno, vamos a lo que vamos, Ana —Enzo arrancó a hablar tras la pausa—. Quiero que te encargues personalmente de todo lo referente a la comida de esta casa. Serás tú quien haga la compra y la que elabore los menús a su antojo, salvo que te pida algo especial por lo que sea.

No daba crédito a lo que estaba oyendo, aunque reconozco que me encantó esa confianza que estaba depositando en mí, tanto personal como profesionalmente.

—Está bien, en ese caso, deberás contarme vuestras preferencias.

—No te lo pondré difícil. Nos encantan las legumbres y la pasta en general.

—Y las croquetas —añadí sonriéndole.

—Y las croquetas, sí —percibí también la sonrisa en su mirada, más allá de su boca—. Ya te dije ayer que tienes el coche a tu disposición para ir al mercado y para todo lo que te haga falta.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. A ti por estar aquí con nosotros.

—Es un placer para mí —Quizás mis palabras sonasen un tanto a peloteo, pero de veras que ya empezaba a sentirlo así.

—Otra cosilla, esta tarde vendrá también el jardinero. Es un chico sudamericano. A ver qué tal se desenvuelve.

Enzo apuró su café antes de levantarse de la silla para tirar hacia su despacho “a trabajar un rato, que ya es hora”. El despacho en sí era el único dormitorio libre de aquella casona.

Por mi parte, me quedé en la cocina pensando con qué plato sorprenderle a mediodía, conociendo ya un poco sus gustos. De haber tenido garbanzos en remojo, le habría preparado un buen cocido madrileño, pero ya era tarde para eso. Lo dejaría para el día siguiente.

Paulo resultó ser un escultural brasileño, guapo también hasta decir basta. Venía con bermudas vaqueras, playeras y una camiseta negra ajustada que dejaba entrever sus marcadas abdominales. Lo que más me llamó la atención fue su cabellera oscura llena de trencitas rematadas por gomillitas de colores, recogidas en una coleta baja.

Al igual que hiciese conmigo, Enzo le hizo el tour por la casa, mejor dicho, por sus

alrededores, que era donde verdaderamente habría de trabajar. Le mostró los sistemas de riego, le llevó hasta la caseta de las herramientas y le explicó los problemas que tenía últimamente con un par de árboles frutales.

Yo andaba por allí fuera columpiando a la niña en un balancín entre árboles, de manera que, al pasar por nuestro lado, me lo presentó. A decir verdad, no me gustó ni una miaja su saludo. No ya por el apretón de manos, demasiado fuerte para mi gusto, sino por la mirada libidinosa que me pareció advertir en sus ojos clavados en los míos, mientras me la apretaba y pronunciaba ese “Encantado de conocerte, Ana”. En cierto modo, me recordó al chulo de Armando...

Capítulo 6



A medida que iban pasando los días, me iba sintiendo más cómoda con mi nueva vida en Oviedo. Enzo era un encanto total conmigo, la niña se mostraba ya bastante menos díscola y Laly y yo hicimos buenas migas. Fue ella misma la que me contó aquel secreto que se guardaba nuestro jefe. Está visto que en la vida no es oro todo lo que reluce.

—Créeme, Sandra no era mala gente, lo que pasa es que era un poco...

—¿Un poco qué? —Mi intriga crecía por segundos.

—Tú sabes. En el pueblo se rumoreaba que estaba liada con un concejal del ayuntamiento.

—¡No fastidies! De todas formas, a la gente le gusta mucho darle a la lengua.

—Ya, Ana, pero no me has dejado terminar.

—Vale, vale.

—En este caso no debieron ser simples chismes. El matrimonio ya no marchaba bien, es más, en ocasiones les oí discutir a lo bestia, estoy segura de que era por ese motivo. Y estoy casi convencida de que hubieran terminado separándose, de no haberle pasado a Sandra todo aquello.

—Hablando de eso, qué fuerte, ¿no?, quiero decir que se hace raro que no superase la enfermedad siendo tan joven.

—Ese es el problema con este tipo de cáncer. Por lo que me contó una prima mía que es ginecóloga, precisamente la juventud juega en detrimento aquí. De hecho, parecía que Sandra lo había superado, pero tuvo una recaída de la cual ya no salió.

—Debió ser un mazazo.

—Lo fue, imagínatelo. Enzo se volcó por completo con su mujer, sobre todo en sus últimos meses de vida. Te digo que daba pena verle, con esas ojeras que le llegaban a los pies. El día del entierro estaba completamente abatido cuando volvió a casa, pero lo peor no fue eso.

—¿Todavía hay más?

—Sí, hija, sí. A la semana siguiente, regresó al cementerio para llevarle un ramo de flores como un castillo de grande. ¡Para chasco!

—¿Qué pasó? —Mi curiosidad iba en aumento.

—Pues que se encontró sobre la tumba lloriqueando a aquel tipo al que todo el mundo señalaba como el supuesto amante de su mujer.

—¿En serio? ¿Y tú como sabes eso?

—¿Yo? Pues como los demás, chica. Después de que la emprendiera a puñetazos con aquel fulano y armaran la de Dios es Cristo ante la tumba de Sandra, la noticia corrió como la pólvora por todo Oviedo, y es que hasta tuvo que intervenir el vigilante del cementerio para separarles de la tunda que se metieron. Ya sabes cómo son estas cosas... Y Enzo es muy bueno y muy santo, Ana, te lo digo yo que llevo ya aquí unos años, pero no soporta la mentira bajo ningún concepto.

Me quedé tiesa con todo lo que acababa de escuchar, pero eso me hizo entender mejor aún a la

pequeña Aroa y otra serie de detalles. La niña no solo había perdido a su madre, sino que en los últimos tiempos había sido testigo de algunas de las peleas entre sus padres, según la historia de Laly. Y de ahí que Enzo quisiera criarla en un escenario donde reinara el buen rollo entre los que la rodeasen.

Quizás por eso hubiera decidido también que Francesca no interviniese mucho en su crianza. Era obvio que lo que la niña necesita era mucho cariño y, por lo que a mí respecta, estaba decidida a dárselo.

Por lo hablado con él en aquel primer desayuno, esa mujer a la que yo todavía no conocía, más que una abuela, era una abuelastra que, lejos de darle mimos a la nieta, le regañaba por cualquier chuminada. Ya empezaban a encajarme las piezas del puzzle.

En cuanto a Paulo, seguía sin gustarme un pelo. Aún no tenía una razón de peso para quejarme, pero la forma en que me miraba con tanto descaro me intimidaba.

Venía tres tardes en semana, las mismas en que yo me guardaba bien de salir en bikini de la casa ni siquiera, aunque Enzo estuviera presente. Yo solía meterme en la piscina con la nena y la paseaba de aquí a allá en su patito flotador mientras que el padre trabajaba con un portátil en una mesa de forja a cierta distancia.

También me revolcaba con ella por el suelo, jugando a las orugas y otras tantas chorraditas más que a la cría le encantaban. Mi jefe levantaba la vista del ordenador de tanto en tanto y nos sonreía.

—¡Qué bien os lo pasáis, chicas!

Así era. Y llegó el momento en que las obligaciones le obligaron a viajar a Alemania.

—Volveré mañana antes de que anochezca, Ana. Tengo que ir Berlín para presentar un proyecto de reformas para una cadena hotelera.

—No te preocupes por nada. Aroa estará en buenas manos.

—No me cabe la menor duda. Y prometo compensaros a mi vuelta.

No entendí lo que quiso decir con ese comentario al que siguió un guiño de ojos. En cualquier caso, no había sonado nada mal. Últimamente le estaba notando más cercano que de costumbre, si cabe. Eran sus miradas, sus sonrisas... no sé explicarme, pero, obviamente, la nuestra era una relación que marchaba sobre ruedas en todos los aspectos; en lo personal y en lo laboral.

Enzo se marchó en la sobremesa de aquel jueves, justo una hora antes de que apareciese Paulo. Después de lo ocurrido con el apuesto brasileño, entendí que aquella pregunta suya había sido una simple artimaña para cerciorarse de que el jefe no se encontraba en casa.

Llevaba media hora dando vueltas por allí afuera cuando me preguntó por él.

—No, Enzo no está. ¿Necesitas algo?

—Bueno, quería comentarle una cosa de aquel limonero —respondió señalándomelo.

—Pues tendrás que esperar a verle el próximo día porque no volverá hasta mañana por la noche.

La cagué dándole esa información, porque le vi la picardía al morderse a continuación el labio y mirarme de arriba abajo con más descaro que nunca. No obstante, no quise darle mayor importancia al tema y seguí jugando con Aroa con su cocinita de madera, a la sombra del porche, hasta que la pequeña me pidió agua.

Tenía la entrada de la cocina de la casa a la vuelta, por lo que no vi ningún problema en dejarla allí sentada un momento.

—Espérame aquí, que vuelvo volando con el vaso, cariño mío.

—¿Volando? ¿Tienes alas como los pájaros, nani?

La pregunta me enterneció. Pero para pajarraco aquel mulato, que aprovechó la coyuntura para seguirme sin que me diera cuenta. Estaba llenando el vaso en el fregadero cuando noté de golpe sus manos en mis nalgas y su aliento en mi nuca.

No sé lo que me entró en ese momento, pero no me lo pensé ni mucho ni poco. Dejé caer el vaso antes de darme la vuelta y soltarle un cachezato que casi hace eco contra las paredes. El vaso también reventó al estrellarse contra el fondo del fregadero de Silestone.

—¡¡¡Imbécil!!! ¡¡¡¿Quién mierda te has creído que eres?!!!

El brasileño no se cortó ni una miaja. No solo no se disculpó, sino que siguió con el intento.

—¿Qué te pasa, mi amor? Tú y yo lo podemos pasar muy bien ahora que estamos solitos...

—¿¿Tú y yo?? ¡Lárgate ahora mismo de mi vista, degenerado! ¡¡¿Por quién me tomas?!!

—¿Pero por qué? —Se relamió despacio el labio superior sin dejar de mirarme las piernas. El tío era tonto o no quería enterarse, así que fui más allá.

—Si te vuelves a acercar a mí, te juro que se lo contaré a Enzo para que te ponga de patitas en la calle. ¿¿Me oyes!!?

—Claro, claro, ya entiendo. Tú debes ser su queridita, ¿no?

Aquello fue ya el colmo. Por supuesto, no le contesté, pero le eché una mirada de desprecio que para qué contar. Solo me faltó escupirle a la cara. Salí al porche jurando en arameo, cogí a la niña en brazos y la metí en casa dando un portazo.

La pequeña empezó a protestar porque quería seguir jugando con sus sartenes y cacerolitas en miniatura, pero no me costó convencerla de que era hora de ir al dormitorio para sacar a su Nenuco favorito de la cunita balancín y darle un biberón.

Desde la ventana de su cuarto observé a Paulo, que seguía podando las ramas de algunos de los árboles. Recuerdo que pasé el resto de la tarde nerviosísima por lo sucedido. Le había amenazado con decírselo a Enzo, pero no me veía tan capaz de hacerlo.

Desconocía las circunstancias de aquel osado individuo y no sabía cuánta falta podía hacerle el trabajo. Duché a la niña, le di cena y, una vez que se quedó dormida, llamé a mi Yoli para contárselo todo. Ella había sido siempre mi pañuelo de lágrimas y mi mejor consejera.

—Puff, qué marrón, Anita. Ya le vale.

—Tengo un agobio de dos pareces de narices, Yolita, no sé qué hacer.

—Mira, yo que tú me esperarías. Me imagino que con el guantazo que le has sacudido se le habrán quitado las ganas de cachondeo al fulano ese.

—No sé yo qué decirte, tenías que haberle visto. Este tío tiene más cara que espalda.

—¿Tú crees que habiéndole amenazado con hablar con el jefe se va a arriesgar?

—No sé, no creo, pero yo ya no pongo la mano en candela por nadie. Después de lo de Armando, esto es lo que me faltaba aquí.

—Por eso te digo que te esperes. Si vuelve a hacerte o decirte lo más mínimo, cuéntaselo a Enzo. Y tranquila, que no creo que ni eso haga falta. La gente así de gamba va metiendo la pata por todas partes. Seguro que él solito se ahorcará solo. Tiempo al tiempo.

Y casi al mismo tiempo de colgarle a mi amiga me entró la llamada de Enzo para saber qué tal me había ido el día con su peque. Procuré borrar el violento episodio de mi mente para que no me notase nada extraño en la voz y le puse al corriente de todo lo que habíamos hecho desde que él se marchase.

—No sabes cuánto me alegro de que Aroa se esté abriendo tanto con su “nani”, como ella te dice. Sabía yo que había hecho un buen fichaje contigo.

Tal cual me lo espetó. Otro que decía las cosas según le venían a la boca. Aquel hombre se

estaba convirtiendo para mí en algo más que un simple jefe simpático y agradable. Y yo para él, en algo más que en una simple cocinera que se encargase también de su hija cuando las circunstancias lo requiriesen, según pedía en el anuncio.

El día siguiente transcurrió con normalidad, aunque Enzo volvió un poco más tarde de lo esperado de su viaje, aquella noche de viernes. La culpa la tuvo un retraso en los vuelos. Para entonces, la niña ya dormía y yo le estaba preparando una lasaña en el horno.

Una vez más, me sorprendió con una preciosa sonrisa de oreja a oreja en cuanto entró por la puerta. Quiso que le acompañase en la cena. Era la primera vez que lo hacíamos a solas y esa noche tuve constancia de que empezaba a sentir por mí algo especial que nada tenía que ver con el agradecimiento ni nada por el estilo. Mi jefe empezaba a mirarme con otros ojos. Y yo a él...

Capítulo 7



Aquella noche, mientras cenábamos, hablamos un poco de todo. Mejor dicho, habló, porque Enzo parecía dispuesto a contarme su vida de cabo a rabo, con mayor lujo de detalles ya.

En cambio, a mí no me hacía muchas preguntas que digamos, con lo cual, solo le conté de la mía cosas por encima. Ahora bien, en un momento dado se interesó por mi vida sentimental y ahí me vi pillada.

No tenía ninguna gana de hablarle de Dani porque el tema me resultaba muy doloroso. Mucho menos de Armando, por dos razones: por un lado, me avergonzaba, y es que sabía que la mía con aquel individuo era una historia difícil de entender, por otro, porque no me apetecía para nada remover todo aquello.

Dicen que la mierda, cuanto más se mueve, más huele. Exacto. Y yo quería olvidarme por completo de su existencia, de su paso por mi vida, de manera que me hice un poco la sueca.

—Bueno, solo he tenido una relación. Fue larga, pero terminó, supongo que por el desgaste.

Creo que Enzo se debió dar cuenta de que el tema me incomodaba, por lo que siguió con su particular “monólogo”. Entre otras cosas, me contó cómo había conocido a Sandra, el por qué decidió estudiar arquitectura, cómo se las ingenió para trabajar y estudiar simultáneamente para poderse costear sus estudios, e incluso varias anécdotas de su infancia en Venecia. Venecia... eso sí que me entusiasmaba.

—Me encantaría poder visitarla algún día —le confesé.

—¿Por qué no? Apuesta por ello.

—Desde niña he tenido esa ilusión. No me muero sin montarme en una góndola.

—Hay sueños que no son tan difíciles de alcanzar, Ana, créeme.

En ese momento se quedó mirándome fijamente a los ojos y posó su mano sobre la mía. A mí se me puso toda la piel de gallina en un segundo, además, se hizo un silencio entre nosotros que, lo reconozco, me resultó un poco violento por no saber qué decir ni qué hacer. Enzo lo rompió con mucha sutileza, con la misma con que apartó su mano.

—¿Te apetece un chupito de *Disaronno*?

—Me apetece.

Mi jefe sacó la botella de la despensa y brindamos con los dos vasitos de cristal labrado.

—Por tus sueños —dijo alzando el suyo.

De nuevo me quedé cortada porque no me esperaba que fuese a brindar precisamente por mis anhelos. Pava de mí, lo único que acerté a decir alzando el mío fue un simple “gracias” que, incluso a mí, me sonó totalmente ridículo. Se me subieron los colores a la cara al ver la sonrisa que se dibujó en sus labios.

—Bueno —continuó—, te prometí compensaros a ti y a Aroa a mi vuelta, y dicen que lo prometido es deuda.

—Enzo, de verdad, no es necesario...

Acababan de cambiarse las tornas, y es que, con mi desacertada interrupción, lo único que había conseguido había sido dejarle de sopetón chafado a él, pues se quedó de repente mudo y con una expresión de extrañeza en el rostro que aún tengo grabada en la memoria.

—Perdón, perdón —Le pedí al caer en mi error—. Sigue, por favor.

—No te preocupes. Bueno, lo que quería decirte es que había pensado llevaros mañana sábado a echar el día por ahí, pero no quiero ponerte en ningún compromiso. Quizás tengas tus propios planes y...

—¡No!

Bocazas de mí, acababa de volver a dejarle con la palabra en la boca sin opción a terminar de hablar. Maldije mi calavera para mis adentros por patosa, pero es que la perspectiva de pasar el día junto a ellos por ahí se me pintó tan bonita de golpe que... pues eso, ya se me entiende, ¿no?

Me avergoncé, además, por la imagen que podía estar dándole al tomarme esas confianzas, pero justo es decir aquí también que él me estaba dando pie.

—Discúlpame, Enzo, pero no, no es para mí ningún compromiso. Al revés, me encantaría conocer cosas de la zona. Mis únicas salidas en el tiempo que llevo en Oviedo se han limitado al mercado, al súper y el cole, así que será un placer.

—Pues no se hable más. Si te parece, mañana nos levantamos tempranito para que nos cunda el día.

—Por mí, perfecto.

Aquellas palabras pusieron fin a nuestra particular “velada”. Enzo apagó de un soplido el par de velitas de la mesa y nos despedimos dándonos las buenas noches antes de tirar para nuestros respectivos dormitorios.

Según lo acordado, a eso de las nueve de la mañana ya estábamos los tres en planta. En realidad, yo y la pequeña Aroa ya llevábamos despiertas un buen rato. La criatura me había sobresaltado con su llantina porque se había hecho pis en la cama, algo que le ocurría con bastante frecuencia.

—No llores, cielo, no pasada nada. Ahora mismo te doy una ducha y te pongo guapa para que te vea papá, ¿vale? Te contaré un secreto, hoy nos vamos de excursión.

—¿De excursión? —A la chiquilla se le pusieron los ojos como platos con la noticia.

—Sí, de excursión, preciosa.

—¿Y dónde está la excursión? —Una vez más, me enterneció el ingenuo planteamiento de su pregunta. Le sonreí.

—¡Ah! No te lo puedo decir. Es una sorpresa.

—¿Es magia como la de los magos?

—Bueno, algo parecido, princesa—Le di un beso en la frente.

—¿Sabes, nani? También se dice principessa. Me lo ha contado papá.

Cierto. Enzo iba enseñándole poco a poco el idioma italiano a su hija. De hecho, cada vez le hablaba con más frecuencia en esa otra lengua con la que hasta yo me iba ya familiarizando.

Después de desayunar nos pusimos en marcha. Pasamos un día fantástico recorriendo los rincones más emblemáticos de la ciudad; paseamos por la plaza de la Escandalera y por el parque de San Francisco, donde la niña disfrutó como una enana viendo el espectacular despliegue de colas de los pavos reales. Nos hicimos fotos en aquel banco con la célebre estatua de Mafalda, tomamos un vermut en una terraza cercana al ayuntamiento e incluso visitamos la catedral.

—Estilo gótico en su estado más puro.

Era Enzo quien verdaderamente disfrutó en el interior de tan magnífica obra de arte, señalándome los detalles de las escenas de Jesús del retablo mayor o las esculturas románicas que rodean a la cámara santa.

Después de un copioso almuerzo en un restaurante de postín, nos metió en el coche. Por un momento, pensé que ahí se había terminado nuestra salida sabatina, pero me equivoqué.

—Nos vamos a dar un garbeo por Gijón, chicas.

—¿Chichón? —Preguntó inocentemente Aroa.

Su padre y yo nos echamos a reír.

—No, mi vida, a Gijón. Vamos a ir a ver el mar —le dijo mirándola por el espejo retrovisor.

En aquella otra ciudad asturiana pasamos el resto de la tarde. Las temperaturas a esas alturas del año no eran ya como para darse un chapuzón en el mar, lo que no quitó para que nos sentásemos en las blancas arenas de la playa de Poniente para deleitarnos con el sonido de las olas.

Ni que decir tiene, nos tocó hacer con la pequeña castillitos de todos las formas y tamaños con el juego de cubos, palas y rastrillos que sacó Enzo del maletero del coche.

Desde allí nos fuimos a tomar un helado en una cafetería del paseo marítimo para rematar nuestra excursión antes de volver a casa, cuando empezaba ya a anochecer.

Justo al cruzar la cancela nos encontramos con una desagradable sorpresa. Digamos que, más que una desagradable sorpresa, al principio fue un susto de dos pares porque divisamos al fondo una silueta que, así de entrada, no reconocimos en la distancia.

Era un hombre que se encaminaba rápidamente hacia la caseta de las herramientas y que le gritaba como un poseso a Milord. Pero lo peor fue que le dio un fuerte empujón para apartarlo.

—¡Quítate de en medio, perro de mierda!

Enzo se quedó como paralizado y me hizo un gesto echando el brazo para atrás para que no nos moviésemos.

—Quedaos quietas aquí.

Para entonces, yo ya había identificado a aquel tipo por la voz.

—Enzo, ¡es Paulo!

—¡Hijo de puta! —chilló antes de salir corriendo hacia él.

El grito alertó al otro, que se quedó más tieso que una vela en el sitio. Cogí a la niña en brazos y le tapé los oídos rodeando su cabecita con mi brazo.

—¿Tú quién mierda eres para tratar así a mi perro?

—Yo, yo...

El muy sinvergüenza no debía saber ni dónde meterse y a mí se me vinieron instantáneamente a la cabeza las palabras de Yoli respecto a la gente como él.

—¡¿Y se puede saber qué coño haces tú hoy aquí?! —Enzo seguía gritándole enfurecido—. ¿Quién te ha dado a ti permiso para entrar en mi casa fuera de horario?

Me pareció ver desde la lejanía que le agarró por la pechera.

—Jefe, yo... yo solo quería tomarle prestado un azadón para hacer unas cosas en mi casa.

—¿Tomar prestado un azadón? ¡Las cosas se piden y no las coge uno por su cuenta! ¡¿Te enteras??!

Por un momento me temí que fueran a meterse mano, pero no me atreví ni acercarme para no echar más leña al fuego. Bastante caldeado estaba ya el asunto.

—Discúlpeme, pensé que no le importaría —El brasileño trataba de defenderse como podía.

—Nooo, claro que no me importa —le soltó Enzo con toda la ironía del mundo—, ni que

maltrates a mi perro ni que le insultes. ¡Dame ahora mismo las llaves!

El otro obedeció sin volver a abrir la boca, consciente de su gran cagada.

—No quiero volverte a ver nunca más por aquí, ¿me oyes?

Ni a eso se atrevió a responderle ya. El mulato se dio media vuelta y enfiló hacia la salida. Y yo, que seguía por allí con la asustada Aroa en brazos, me aparté cuando le vi venir, pero el muy jeta me echó una mirada de desprecio y de odio descaradísima al pasar a mi altura. Dicen que si las miradas matasen...En fin.

Naturalmente, me quedé como perro al que le quitan pulgas con el despido de aquel tipo. Más calmados ya durante la cena, volvió a sacar el tema de lo sucedido, pero con la niña presente no me pareció oportuno. Bastante había escuchado ya la criaturita.

—Papi, ¿ese hombre era un ladrón?

Enzo me miró como si no tuviese claro qué responderle.

—No, cielo. Lo que pasa es que nuestro jardinero quería coger prestadas unas herramientas — contesté por él, para no asustarla.

—Pero prestar no es malo. Mamá siempre me dice que los niños se tienen que prestar sus juguetes.

—Claro que sí, pero primero hay que pedir permiso para coger las cosas de los demás, ¿entiendes?

Claro que lo entendió. Menudo son los niños con esa edad.

—Venga, Aroa, toca acostarse y descansar. Lávate la boquita y las manos y tira para tu cama — le ordenó el padre.

Esa noche volvimos a quedarnos un buen rato a solas, charlando en el sofá mientras tomábamos una copa de *Limoncello*. Enzo sacó otra vez el tema de Paulo.

—¿Tendrá cara el tío? Se planta en mi casa un sábado por la noche sin previo aviso y encima se permite el lujo de chillarle y pegarle a mi perro.

—Tienes toda la razón, ha sido una pasada.

—¿Tú le habías notado antes algo extraño, Ana?

Tenía que responderle a esa pregunta ocultándole aquel episodio o bien contándoselo y opté por lo segundo. A fin de cuentas, ya no me quedaría ningún cargo de conciencia, puesto que yo no había tenido nada que ver con su despido.

—Qué hijo de Satanás. Mira que no me terminó nunca de convencer, pero esto ya es el colmo.

—¿Por qué le cogiste, Enzo?

—Me dieron buenas referencias de él después de entrevistarle. Y hay que admitir que es bueno en lo suyo, pero no pienso tolerar estas cosas en mi casa. Yo te entiendo, Ana, pero te pido por favor que no vuelvas a ocultarme nada, ¿vale? Quiero saber todo lo que ocurre alrededor de mí.

—Prometido.

Le tendí la mano para estrechársela reforzando mi promesa, pero Enzo me la agarró y ya no me la soltó. En su lugar, lo que hizo fue posar su mano libre en mi mejilla y empezar a acariciármela con dulzura. De ahí al beso en que nos fundimos solo medió un suspiro...

Capítulo 8



Creo que aquella noche la cosa no fue a mayores porque escuchamos un golpe en la habitación de Aroa. Sobre la marcha, la cría comenzó a llorar. Corrimos para allá y nos la encontramos desconsolada en el suelo. Se había caído de su camita.

—Ya está, ya está, no ha sido nada—Traté de consolarla, pero no había modo de que se calmase.

Con su lengüilla, la pobre me contó gimoteando que estaba soñando que la perseguía un ladrón con un cuchillo en la mano, lo que no me extrañó, visto lo visto. En cualquier caso, accedí a su petición de meterme en su cama.

La cosa es que, como la chiquilla no enganchaba el sueño, me quedé no sé cuánto tiempo acurrucada con ella entre las sábanas y al final caímos las dos. Abrí los ojos a las dos de la mañana, pero la casa estaba totalmente a oscuras para entonces y Enzo dormía ya en su habitación.

Me fui para la mía sin hacer ruido y me acosté tan feliz. De haber sabido lo que me esperaba al día siguiente, ¿de qué habría dormido yo a pierna suelta tan contenta?

Tras el desayuno, cogí el coche y tiré hacia el pueblo para comprar en una tahona un pan especial que le encantaba a Enzo. Aparqué en la plaza y me dispuse a entrar, completamente ajena a los pasos que me seguían.

—¡Anita, cariño mío! —Escuché a mis espaldas.

El pánico se apoderó de mí de repente. No podía ser, ¿o sí? Me quedé literalmente como una estatua, fría y sin poder ni pestañear, al punto de que ni siquiera fui capaz de darme la vuelta para encarar a aquel tipo cuya voz hubiera reconocido a kilómetros de distancia. Pero Armando se me adelantó y se puso frente a mí.

—Cuánto tiempo, ¿no?

Sentí que me mareaba y creí que me iba a caer al suelo de un momento a otro.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme? —me preguntó con el mayor cinismo.

—Armando, por Dios te lo pido...

Me entraron ganas de ponerme a chillar como una loca pidiendo auxilio, pero la prudencia me aconsejó tomar por otro camino. Aunque el asunto no fuese para menos, no podía permitirme armar un escándalo allí en mitad de la plaza.

—Ven, anda —Continué diciendo—. Vamos a tomarnos un cafelito ahí enfrente, que te has quedado muy pálida, no vaya a darte un desmayo de los tuyos.

Juro por Dios que le hubiera matado sin compasión allí mismo. Venía provocándome con esa “finura” que le caracterizaba. En su línea, vaya.

—No, por favor, tengo que entrar a comprar. Déjame en paz, ¡te lo ruego!

—No me seas bobá, solo serán diez minutos. Venga, anda, vamos a hablar un momento.

Terminé claudicando porque necesitaba saber algunas cosas antes de salir a escape, por

ejemplo, cómo leches había dado conmigo, pues aquel encuentro no había sido producto de la casualidad. De eso estaba bien segura.

—Aaay, Anita, Anita, Anita. Qué ilusa eres —Me espetó en toda mi cara, con el café ya por delante—. Te olvidas de que soy ingeniero informático. ¿Qué te piensas que me costó entrar en el Messenger de tu face para leer aquella conversación tan enternecedora con ese tipo que buscaba una chica para cocinarle y bregar con su nena? Y el jardinero, ¿qué me dices de él?, ¿está bueno también?

¡La madre que lo parió! Ahí estaba la clave del asunto. Lo demás, ya fue “pan comido” para él, según sus palabras. Tirar de hilos y de algunos de sus contactos. Tan simple como eso. Me eché a temblar, pues se veía a las claras que aquel tipo estaba completamente obsesionado conmigo por el motivo que fuese.

—Ya he escuchado bastante —le dije levantándome de la silla.

—Ehhh, ¿dónde vas tan rápida? —Diciéndomelo, ya me tenía agarrada fuertemente la mano.

—¡¡Suéltame!!

En la mesa de al lado había un par de mujeres. Una de ellas, la más joven, al escuchar mi grito, volvió la cabeza y le increpó.

—Deja en paz a la chica, hombre.

—¡Métase en sus asuntos, señora! Estoy hablando con mi mujer.

¿Con su mujer? Antes muerta, pensé para mí. Aprovechando el toque de atención, le dejé allí plantado y salí corriendo para la calle como alma que lleva el diablo. “Tranquila, que ya te volveré a coger”, le escuché murmurar a mi espalda. Para colmo, con los nervios, pegué un resbalón en el escalón de entrada del local y me caí. Una pareja de municipales que pasaba por allí casualmente se me acercó.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó uno de ellos.

—Sí, no se preocupe —mentí, frotándome las rodillas.

Qué buena oportunidad para haberle contado que dentro de la cafetería había un tipo que me estaba acosando, pero me callé la boca. Estaba aterrorizada, de modo que me metí a toda pastilla en el coche y salí zumbando sin atreverme ya ni a comprar el pan.

—No quedaban hogazas de las que te gustan —una mentirijilla piadosa que tuve que soltarle a Enzo al llegar—, así que he pensado que voy a preparar unos raviolis con salsa boloñesa para comer, en lugar de la carne estofada.

—Fantástico, pero... ¿te pasa algo, Ana?

—No, tranquilo.

—Tienes mala cara.

Demasiado buena, después del tropiezo con semejante fantasma, me dije.

—En serio, no te preocupes, es solo que he dado un tropezoncillo al salir de la panadería y me he caído, pero estoy bien, de verdad.

Bien angustiada y asustada, así es como estaba en realidad. Tenía que pensar con la cabeza en frío qué hacer, porque estaba claro que aquel pedazo de mamón no se iba a quedar con los brazos cruzados. Tal vez se lo contase a Enzo tranquilamente por la noche cuando Aroa se acostase.

Al ir a soltar el bolso en mi habitación y pasar por delante de su despacho, vi que tenía la puerta entreabierta. No tenía intención de fisgonear entre sus cosas, lo prometo, pero la curiosidad me pudo porque, desde que me mostrase aquella estancia el primer día, no había vuelto a poner los pies en ella.

Enzo se encerraba allí dentro durante largas horas para trabajar y, cuando salía, siempre

echaba la llave, por la cosa de que no quería que la niña entrase y echase mano de sus herramientas de trabajo y de sus pinturas, como ya hiciera en alguna ocasión.

Estiré el cuello y vi sobre el caballete aquel retrato aún por acabar. El hecho en sí no tendría ninguna relevancia de no ser porque... ¡la persona retratada era esta que habla!

Al fijarme en que llevaba la camisa malva que me regaló Yoli por reyes, caí en que Enzo había tomado como referencia la foto del perfil de wasap que yo había tenido puesta hasta la semana anterior. Debió guardársela en su galería de fotos del móvil con sus miras.

Y fue justo entonces cuando caí también en la cuenta de que por la casa había un cerro de cuadros de mi jefe, entre ellos, varios retratos de la niña y de él mismo cuando era pequeño, pero ninguno de su mujer. Es más, Sandra solo aparecía en un par de fotografías enmarcadas y no estas no estaban muy a la vista que digamos.

Hice por apartar la visión de mi pensamiento, pero lo cierto es que descubrir mi cara dibujada en aquel lienzo me había puesto más nerviosa aún de lo que de por sí estaba. La guinda fue la sorpresita que me tenía preparada el misterioso pintor al regresar a la cocina.

—Ana, me ha llamado mi madre hace un rato. Me ha dicho que se pasará esta noche a cenar.

—Ah, perfecto, ¿ya ha vuelto de su viaje a Venecia? —pregunté, procurando disimular como pude mi contrariedad.

—Sí, volvió anteayer de casa de mi tía Antonella.

Lo que me faltaba ya eran invitados a cenar, con lo que yo tenía encima. Y más, tratándose de quién se trataba. Miedo me daba. Me la figuré como la típica mujer con moño bien peinado de peluquería, dándose aires de gran señora, de superioridad...

Tenía unas ganas tremendas de llorar, sin embargo, sonreí al escuchar el aullido, cual lobo, de Milord. Se me representó como que quería decir “ajuuuuuuuu, la que nos espera esta noche, omaita”.

Pues poco más o menos. Vamos, que no me equivoqué tanto. Lo supe en cuanto la vi aparecer por la puerta. Enzo le dio un par de besos y la niña le plantó otros dos, aunque con poquito entusiasmo.

Su cara me sonó un poco y me pregunté dónde la podría haber visto antes, sin embargo, mirándola con más detenimiento, me dije que en ningún lado. Tenía unos rasgos muy comunes, de ahí que pudiera parecerse a cualquier persona. ¿Quizás a la tía de mi amiga Claudia? Sí. ¡Eso era!

Aunque yo le había pedido a Enzo cenar aparte esa noche, se había negado. Bueno, no es que fuera una imposición, pero logró convencerme de que me sentase a la mesa con ellos.

—No, mujer, no seas tonta. Mi madre no es tampoco un ogro que te vaya a comer.

—Ni yo he dicho eso, Dios me libre, es solo que me da un poco de palo. Además, tendréis que hablar de vuestras cosas.

—Insisto. Cena con nosotros y así os vais conociendo, tendréis que coincidir en muchas más ocasiones.

Desde luego, tal y como pintaba el tema, posiblemente así sería. Y yo lo deseaba con todas mis fuerzas, así tuviera que comer de tanto en tanto en compañía del mismísimo diablo encabezando la mesa.

A pesar de mis pocas ganas de nada, la tarde de marras me esmeré con la elaboración del menú de la cena; una sencilla pero succulenta sopa minestrone de entrante y, de segundo, un vitello tonnato, esto es, carne cocida, regada con una riquísima salsita a base de atún.

La verdad es que para la carne tuve que echar mano de internet y estudiarme bien la receta original para bordarla, pese a lo cual, la señorita Rottenmeier le sacó las faltas que a ella le

pareció.

—Este vitello está un poco soso. Y un poco duro.

—Mamá, Ana cocina muy bien, pero está tratando de pulirse poco a poco con los platos italianos desde que está con nosotros.

Agradecí que saliera al quite con esa elegancia, pero pronto su defensa se volvió en mi contra. Aquella mujer de moño impecable (¡Sí, lo llevaba!, yo había atinado al imaginármela) se volvió hacia mí y volvió a embestir.

—Bueno, bueno, nadie nace sabiendo. Sandra tampoco sabía preparar ni una mísera ensalada cuando conoció a mi Enzo y luego se convirtió en una cocinera experta. ¿Te acuerdas, hijo?

Como diría Estela Reynolds en “La que se avecina”; ¡qué ataque más gratuito! La “gracia” le costó cara porque el hijo la miró de tal manera que no necesitó ni pronunciar media palabra para dejarla ya calladita la boca durante el resto de la cena.

Entre lo violenta que a mí me estaba resultando y lo que tenía a mis espaldas, estaba deseando meterme en mi cama cuanto antes. Por fortuna, Francesca deseaba hablar a solas con él, así que me despedí de ellos nada más acabarme el postre y me retiré, no sin que antes Enzo me guiñase un ojo, cosa de la que su santa madre, que estaba al loro de todo, se percató. Desde el baño la oí mientras me lavaba los dientes.

—*Oh, Enzo, Enzo, che cosa stai facendo della tua vita?*

—Baja la voz, ¿quieres?

A partir de ahí no pude escuchar nada más de la conversación entre ellos. Acostada en mi cama y contemplando la luna llena a través de los cristales, me eché a llorar. Qué distinto había sido el día con respecto al anterior. Cuánta tensión acumulada, la virgen...

Capítulo 9



¿Dije que con el despedido de Paulo me había quedado como perro al que le quitan pulgas? Pues vuelvo a echar mano de los dichos populares para definir mi nuevo estado, y nuevamente de uno de perros: a perro flaco, todo son pulgas.

Sí, señores, porque no solo no había podido hablar con Enzo por la noche sobre el tema de Armando para que me orientase sobre qué hacer, sobre cómo podría solucionar de una vez por todas aquel asunto tan violento para mí, sino que mi jefe parecía otro completamente distinto por la mañana.

De entrada, la frialdad de su saludo ya me escamó. Por un momento pensé que podría estar de mal humor por cualquier motivo ajeno a mí, no sé, algún problema con su trabajo, alguna posible discusión con su madre después de yo acostarme... lo que fuera.

Hasta ahí, podía haber cualquier justificación, pero cuando rechazó mi ayuda para darle ceba a Aroa con el desayuno, me quedé fría y empecé a sospechar que el asunto sí estaba relacionado conmigo directamente. ¿El porqué? No lo sabía.

—Yo me encargo de mi hija —me dijo con una sequedad que me dolió en el alma.

Visto lo visto, ya no me atreví a decir ni mu, pero la niña metió baza.

—No, ¡quiero que me dé nani la tostada o no me la como!

—Ana, por favor, ¿te importaría terminarte el desayuno en el salón y dejarme solo con ella?

—Claro.

Cogí mi bandeja y me fui de la cocina. Desde el salón le escuché.

—Aroa, a partir de ahora te vas a comer el pan todas las mañanas tú solita como una chica mayor, si no, papá se va a enfadar contigo.

La cría protestó, pero se lo comió casi entero, porque cuando se marcharon al cole y regresé a la cocina, solo quedaba un trocito en su plato. Vi además que se habían dejado olvidada su mochilita con el agua y las galletas para el recreo colgada de una silla.

Me quedé allí recostada en la encimera, dándole al tarro y con una tristeza sin parangón. ¿Qué le había hecho yo para semejante cambio de actitud? Lo único que me faltaba ya para el canto del duro era esa tirantez con Enzo, ese hombre del que estaba ya bastante enamorada a esas alturas. ¿Qué había pasado de la noche a la mañana?

Cuando volvió, yo tenía enganchada la mochila del brazo, dispuesta a acercársela a la cría al colegio.

—Se te ha olvidado, cojo el coche y se la llevo en un momento.

—Joder, ni me había dado cuenta. No, dámela que se la llevo yo. Tú ponte con tus cosas.

Seguía con la misma tirantez conmigo. Enzo se marchó y yo me quedé hecha polvo. Las lágrimas volvieron a asomarse a mis ojos, y es que había más. Tenía que salir a comprar algunas cosillas para preparar el almuerzo y la idea me acojonaba.

“Tranquila, que ya te volveré a coger”, esas últimas palabras de Armando danzaban sin tregua por mi mente. ¿Quién sabía dónde podía estar esperándome?

Cambié de planes con respecto a la comida para no tener que salir de casa en todo el día y ganar tiempo. Por lo menos, yo seguía teniendo plena libertad en ese sentido, de manera que abrí el congelador y saqué un pollo troceado para hacerlo en pepitoria.

Total, por el pan tampoco había problema, pues era Enzo quien solía traerlo todas las mañanas a la vuelta del cole porque aquella tahona le pillaba de camino.

Recogí un poco mi habitación y me duché, con la esperanza de que las cosas fueran suavizándose a lo largo del día, pero nada más lejos de la realidad; empeoraron. Y de qué manera, madre mía.

Mi jefe (lamentablemente ya empezaba a verle así, como un simple jefe y no más) ni siquiera me saludó al volver a entrar en casa. Se encerró en su despacho, le oí dar un golpe en la mesa como si fuese puñetazo, y ya no salió de él en toda la mañana hasta la hora de recoger a Aroa.

La comida también fue bastante tensa; nada que ver con las de costumbre, tan alegres y amenas con la charla inagotable entre nosotros y las risas. Creo que esa misma tensión fue la que hizo que el pollo me sentara en el estómago como un veneno, y es que terminé echándolo hasta por los ojos en el wáter a media tarde.

Todavía no me había recuperado de la vomitona cuando me entró la llamada de mi madre en el móvil. Me extrañó porque nunca me llamaba a esas horas. Nosotras hablábamos con cierta frecuencia, pero siempre lo hacíamos por las noches. Me bastó descolgar y escuchar su voz de ultratumba para entender que algo gordo ocurría.

—¿Qué pasa, mamá?

—Ay, hija mía, qué desgracia, tu padre...

Ahí rompió a llorar como una loca y apenas le entendía lo que me decía con sus hipidos. Yo también me puse histérica, temiéndome ya lo peor.

—¡Por Dios, mamá! ¿¿¿Qué es lo que le pasa a papá???

—Ana, hija, Ana, a tu padre le han hecho a mediodía la colonoscopia.

—¿Y? ¡Dime ya lo que sea, por favor! ¿Qué le han dicho? ¡¿Qué ocurre?!

—Le han sacado en la prueba que tiene un cáncer de colon —me contestó entre sollozos.

El mundo se me cayó encima. Me quedé muda, presa del ataque de nervios.

—Ana, ¿estás ahí, hija?

—¿Eso cómo va a ser, mamá?! ¡Papá es un hombre que siempre se ha cuidado mucho, que come de todo, que no bebe...!

—Escúchame, hija —se había calmado un poco y trataba de serenarme a mí—, eso no tiene nada que ver, pero dice el médico que hay que operarle de urgencia.

—No puede ser, ¡¡no puede ser!! Esto es una pesadilla, Dios mío, dime que lo es, mamá, ¡dime que es una pesadilla! —Me derrumbé y me senté en el suelo del baño con el móvil, llorando sin consuelo.

—Ojalá, mi vida, pero no puedo. Le operan el viernes de la semana que viene.

—Bueno, bueno, a ver, vamos a calmarnos un poco, sé de personas que se han operado de cáncer de colon y se han quedado nuevas —Ahora era yo sola la que intentaba agarrarse a un pelo para consolarse.

—Eso es, y dice el cirujano que es una operación de primero de carrera, que no tiene por qué tener ninguna complicación, que es sencilla. El problema es...

—¿¿Qué problema?? ¡¿Es que hay más?!! —Mi angustia se acrecentaba por segundos.

Lo había, pero entre que una no es médico, y el ataque de ansiedad que tenía, no caí en la cuenta hasta que ella me lo recordó. Ya dije al principio que mi padre andaba tocado de salud. Pues bien, su problema principal era que tenía desde hacía tres años el nivel de plaquetas por los suelos.

Cuando digo por los suelos, no exagero, puesto que estaba muy por debajo de los índices mínimos. Debía tener un cuidado extremo con no hacerse ni siquiera un simple cortecito con un cuchillo de cocina porque la sangre no le coagulaba, y cualquier golpe en una mano, pierna, brazo o donde fuese, por leve que fuera, le suponía un buen moratón al día siguiente.

Los médicos no tenían claro si el problema era que su médula ósea no producía las plaquetas que debía o si estas se le destruían de modo anormal. Es una explicación así a mi manera, pero es que yo tampoco entiendo mucho de estas cosas.

Como quiera que sea, le sometían a análisis de sangre constantes, mes sí y mes también, prácticamente. Incluso le habían hecho una biopsia buscando el origen del problema, pero esta salió mal porque tenía el hueso bastante degenerado y la muestra que le tomaron no había servido de nada.

Lo había pasado tan mal con aquella prueba que se negó tajantemente a que se la repitiesen más tarde. No hubo manera de convencerle, pues decía que otro hematólogo privado al que había acudido le había contado que muchas personas tiran para adelante con las plaquetas así de bajas y que él no iba a ser menos.

A mí me parecía todo aquello una locura, pero la locura total era lo que teníamos por delante: dada su problemática, lo que en principio debía ser una operación sin riesgos, en su caso sería una operación a vida o muerte.

Aunque le habían dicho que tendrían que hacerle una buena transfusión de plaquetas antes de meterle en quirófano, no le daban garantías de que saliese de él porque no tenían claro a qué velocidad podría ir las perdiendo durante la intervención. Así de crudo.

—¿Has hablado ya con Inma?

—Sí, hija, ya la he llamado, y le he dicho que no venga, que son muchas horas de vuelo desde Canadá. Además, acaba de empezar en un nuevo trabajo y no quiero que por esto vaya a perderlo.

Mi única hermana se había casado tres años atrás con Alfred, un norteamericano muy majo, y vivía allí desde entonces, pero ella sentía mi misma adoración por nuestro padre y pensaba venir de todas, todas, a pesar del deseo de mi madre de que se quedara en casa.

—Yo también voy a ir, como comprenderás.

—Hija, tú también llevas poco tiempo con ese trabajo, a ver si tu jefe...

—Me da igual lo que le parezca—La interrumpí, intuyendo lo que iba a decirme a continuación—. ¿Dices que le operan el viernes? Pues el jueves estoy yo ahí, llueva, haga frío o haga sol.

Tormentas a tutiplén era lo que caía en realidad en aquellos momentos en "*Villa de la principessa*", pero esas quedaron en segundo plano para mí tras colgarle a mi madre el teléfono.

Me miré al espejo, me enjuagué los ojos, me los sequé y salí a buscar a Enzo, que a esas horas jugaba a la pelota con la niña en el exterior. Intenté que no se me notase mucho la panzada de llorar que me había metido porque no quería que ni por asomo fuera a sospecharse que tenía que ver con él.

Yo también tengo mi orgullo. Además, tampoco estaba dispuesta a darle demasiadas explicaciones, pues me daba la sensación de que se había interpuesto un muro infranqueable entre los dos y que nada que le dijese ya le iba a ablandar.

—Enzo, por favor, ¿tienes un minuto? Tenemos que hablar.

—Tú dirás —me soltó con seriedad y sin mirarme apenas a la cara.

—Tengo un problema familiar grave y necesito marcharme el próximo jueves por la mañana, pero espero poder estar de vuelta el domingo por la noche o el lunes. Operan a mi padre el viernes y quiero estar allí con él en el hospital.

—Claro, claro. Vete sin problema.

Me pareció ver un deje de ironía en su voz, pero no le eché ni cuenta. Seguía más serio que un cuarto de especias, pero mi verdadero dolor estaba en esos momentos en la enfermedad de mi padre.

—Gracias —le contesté escuetamente.

No me respondió ni por ahí te pudras. Me di la vuelta para entrar en la casa, pensando en que había zanjado de aquel modo el asunto, pero mi jefe no había terminado aún...

—¡Ana!

Me giré.

—¿Qué?

—Nada, que, si ves que tal, quédate allí y no vuelvas. Lo digo por si se complica mucho la cosa. Ya te dije antes de conocerte que, si no te encontrabas a gusto por lo que fuera, romperíamos el contrato, y aquí paz y después de gloria.

Esas palabras sí que me hicieron pupa. ¿Qué coño estaba pasando en aquella casa? ¿Dónde había quedado aquel personaje tan pintoresco que se presentó dándose la vuelta con tanta gracia delante de Laly? ¿Y ese que me había mostrado de cabo a rabo Oviedo y Gijón aquel sábado? Ni rastro de tan cálido beso que nos diéramos un par de noches atrás, ni del brillo especial en sus ojos cada vez que me miraba...

Capítulo 10



Caí en Atocha con un nudo en la garganta tremendo. Mis padres vivían en Villarejo de Salvanés, un pueblecito a cincuenta y pico kilómetros de la capital, y a él le iban a operar en el madrileño “Hospital Universitario 12 de Octubre”.

Mi Yolita del alma me esperaba con su coche para recogerme. Cuando me vio salir de la estación, se bajó y corrió hacia mí para abrazarme. En sus brazos, rompí a llorar de nuevo.

—Ya está, ya está. Venga, cariño, cálmate, que todo va a ir bien. ¿Nos tomamos un café rapidito y hablamos un poco?

Supongo que, en realidad, era ella la que estaba deseando tomárselo, y es que mi incondicional amiga era muy pero que muy “cafetera”. Siempre que quedábamos para tomar algo, lo primero que se pedía era su avellanado. A mí no es que me apeteciera mucho tomar nada en esos momentos, pero acepté. Le debía tanto a aquella chica que era lo mínimo.

Yolanda echó algunas monedas más al parquímetro y nos metimos en un bar de allí mismo, dentro de la estación. Aunque la chica ya sabía lo que habían sido mis días previos junto a Enzo, después de hablar un rato de lo de mi padre, quiso hablar del tema.

—Pues sí, así están las cosas, no sabes lo que me pesa esta incertidumbre, Yolita. No tengo ni idea de lo que ha podido ocurrir.

—Yo tampoco entiendo qué mosca le ha picado, te soy sincera. ¿Tú estás segura de que la culpa de todo esto no la tiene la *joía* por culo esa de la madre?

—No lo sé, pero yo ya no me fío ni de mi sombra.

—Tía, es que es muy raro ese cambio de la noche al día, nunca mejor dicho. Y justamente después de su paso por la casa. Aquí hay gato encerrado.

—Ya te digo que no sé qué le ocurre, pero también te digo otra cosa: o mucho me equivoco, o Enzo no es un tipo que se deje llevar por lo que le diga la gente. Vamos, que no creo que se deje influenciar, así como así.

—Ni ella tiene nada malo que decirle de ti, no me fastidies. Bueno, cariño, olvídate de eso por ahora y céntrate en lo que te ha traído hasta aquí.

Lo intenté. De hecho, conseguí apartarlo de mi cabeza en los momentos más cruciales de aquel fin de semana, pero también tuve mis muchos ratos en que aquella espina se me clavaba más y más a fondo en el corazón.

Por fortuna, la operación de mi padre fue todo un éxito. El tío ha sido siempre un jabato y estaba dispuesto a “pelear con uñas y dientes”, según sus propias palabras cuando vino el celador para llevárselo en su camilla al quirófano.

—Tranquilas, chicas —nos dijo también a Inma, a mi madre y a mí al salir por las puertas de su habitación—, que con el chutazo de plaquetas que me han metido, tengo hasta nochebuena por lo menos. En un rato os veo.

Y se fue el muy cachondo tan sonriente y agitando la mano a modo de despedida, imagino que tratando de levantarnos el ánimo a nosotras, cuando seguramente él iría muerto de miedo para sus adentros. Las tres nos derrumbamos al quedarnos solas entre aquellas frías paredes.

Pero mi padre, gracias a Dios, cumplió su promesa y volvió al cabo del rato. Bueno, más que un rato, un largo intervalo en el tiempo que se nos hizo agónico; lo que duró la operación más una hora y media de ingreso posterior en la UCI. Lo bueno, que lo más gordo de la pesadilla había quedado atrás.

Digo lo más gordo porque teníamos otro problema: por lo de sus plaquetas, no podrían darle a posteriori, como a cualquier otro paciente en sus circunstancias, la quimioterapia, aunque hubiera sido lo suyo.

—Tengan en cuenta —había dicho el oncólogo —que este tipo de tratamientos son muy agresivos de por sí en cualquier persona, pero en este caso sería mortal.

—¿Y eso por qué? —Quiso saber mi madre.

—Se lo explicaré del modo más sencillo posible para que me entienda. Verá, la quimio está destinada a destruir las células que se multiplican rápida y descontroladamente, como lo son las cancerígenas, pero también se lleva por delante otras células sanas como lo son las plaquetas. Juan Carlos no puede permitirse ese lujo, dados sus niveles. ¿Entiende?

—Entiendo. ¿Y entonces? ¿Qué pasará con él después de que le operen?

—Rezar, si es que son creyentes, doña Amparo. Esperemos que no tenga nada más afectado, aunque todo apunta a que no.

Y a ese apunte nos aferrábamos todos. En voz del cirujano, parecía que el tumor extirpado, en principio, no tendría por qué darle más problemas, si bien había que mandar a analizarlo. De momento, lo importante era que su herida cicatrizase sin complicaciones de infecciones en los puntos ni nada de eso, poco más (y no era poco, las cosas como son, menuda raja en L tenía el pobre).

Lógicamente, tendría que someterse a las mismas pruebas de detección cada dos años, pero luego estas se irían espaciando. Era cuestión de tiempo, pero, como decía, lo más gordo había pasado y allí estaba de vuelta en la habitación. Fastidiadillo, por supuesto, aunque tan contento como nosotras.

Me dolió mucho no haber tenido ninguna noticia de Enzo desde que saliera de su casa con mi maleta, pero me dejé llevar por la euforia del momento y aparqué mi orgullo. Le escribí por wasap.

—Buenas tardes, Enzo. Mi padre ya ha salido de la operación y todo va bien. En tres o cuatro días le darán el alta, así que espero estar de vuelta el lunes, según te dije.

Esa era mi intención, puesto que mi hermana había conseguido hacer un arreglo en el trabajo para cogerse más días libres y poder prolongar su estancia en España. Enzo no tardó mucho en contestar, aunque su respuesta tampoco alivió mi pesar.

—Bien. Me alegro.

Ni más más, ni más menos, pero yo había roto la veda y ahí ya me armé de valor para hacer lo que no me había atrevido a hacer hasta entonces: coger el toro por los cuernos. Volví a escribirle.

—Por favor, quisiera hablar contigo a mi regreso. De un tiempo a esta parte te he notado muy cambiado y no sé por qué. No soy quién para meterme en tus asuntos, pero me gustaría decirte que siempre podrás contar conmigo, que si tienes algún problema con el que yo te pueda ayudar, no lo dudes. Me resulta muy violento verte así.

—Y a mí que me mientan, Ana.

¿Perdona? ¿Me estaba llamando mentirosa en toda mi cara? ¿A santo de qué? Tuve que volver a mirar la pantalla para cerciorarme de que había leído bien. ¡Y tan bien! Qué fuerte, me había dejado a cuadros, de modo que, aunque me sentía ofendida, ya no me quedó más remedio que seguir. Procuré elegir bien mis palabras para no liar más la pita.

—No entiendo, Enzo. ¿Piensas que te he mentado en algo?

—No es que lo piense, es que me consta.

—Por favor, ¿puedo saber en qué?

La conversación se interrumpió durante unos segundos que se me hicieron eternos. Quizás estuviera pensándose bien la respuesta, quizás hablaba a la par con alguien más, quizás... uff, santo cielo, qué angustia.

Miedo me dio cuando por fin vi en la parte de arriba del chat “escribiendo”. Termina, termina y suéltalo ya, por mi madre de mi alma, me decía interiormente. ¡Bomba va!

—¿Te parece poca mentira estar casada e ir diciendo al personal que no tienes cargas familiares ni nada por el estilo?

Desde luego, si me pinchan en ese momento, no me sacan ni gota de sangre. ¿Casada yo? Casada y sin enterarme, que era todavía peor. No supe si llorar o reír, pero se veía a todas luces que en ese entuerto estaba el origen del problema entre nosotros.

—Me dejas fría, Enzo, yo no estoy casada con nadie. ¿Se puede saber quién te ha dicho esa barbaridad?

—Eso es lo de menos.

—Vale, da igual que no quieras delatar a quien quiera que sea la persona que te lo ha dicho, pero te juro por mi padre, que lo tengo aquí delante, que eso no es cierto. Soy una mujer soltera y sin compromiso.

—Permíteme que lo dude. Te vieron discutir en una cafetería de Oviedo con un tipo que aseguró que eras su mujer.

¡Ángela María! Ahí estaba el quid de la cuestión. Me puse a temblar como un flan y ya ni daba pie con bola escribiendo.

—No. O sea, sí.

—Aclárate, porque me estás volviendo loco.

—Quiero decir que sí, vamos, que pudieron verme con Armando, pero que ese hombre no es mi marido ni nada que se le parezca.

—¿Entonces?

De repente se encendió la luz en mi cabeza y di un giro a la conversación.

—Enzo, por favor, dime la verdad, ¿fue tu madre quien te lo contó?

Debió sentirse acorralado, porque terminó reconociéndolo. Todas las piezas del rompecabezas me encajaban ya perfectamente. La chivata de Francesca era la acompañante de la mujer que llamó la atención a Armando cuando le grité que me soltara, de ahí que su cara me hubiese resultado ligeramente familiar cuando se presentase en casa para cenar. Como es natural, con la tangana en la cafetería, no me había fijado bien en ninguna de las dos mujeres.

La conversación se extendió, pero diré para abreviar que, cuando la terminamos, los ánimos estaban ya mucho más relajados por ambas partes. Le prometí que todo aquello tenía una buena explicación y que se la daría con todo lujo de detalles, con la certeza, le añadí, de que se pondría en mi lugar y me entendería.

—Así sea. Que tengas buen viaje de vuelta y que se recupere tu padre de lo que sea que tenga
—Estas fueron sus últimas palabras.

—Muchas gracias. Dale un beso a la niña de mi parte. Os veo pronto.

Para rematar ya del todo, me mandó una manita de esas con el pulgar levantado, dos pares de ellas aplaudiendo y el famoso emoji del besito. Respiré aliviada. Empezaba a ver la luz al final del túnel.

Solo esperaba no volver a ver tras de él al indeseable de Armando. Era raro; en los días transcurridos desde aquel percance hasta que servidora cogiera el equipaje para bajar a Madrid, no había vuelto a tener noticias suyas. Y ya no sabía qué era peor...

Capítulo 11



Por fortuna, mi padre fue evolucionando favorablemente en las horas posteriores, por lo que, de seguir así, le mandarían ya a casa el martes con toda probabilidad, según los médicos.

Y yo tampoco quería demorar mucho mi regreso a Oviedo, a sabiendas de que Enzo (se lo había escuchado decir a alguien por teléfono) tenía reunión con unos colegas el lunes a mediodía en el despacho del pueblo. Me sabía mal que se viese apurado con la hora de recoger a Aroa del cole si acaso se le alargaba el tema, de modo que cuadré los horarios para aterrizar allí la noche del domingo y así se lo hice saber.

—Genial. ¿Quieres que te vaya a recoger a la estación?

—Te lo agradezco en el alma, Enzo, pero no es necesario.

Aunque la propuesta me encantó, me daba palo aceptársela. Para mi llegada, Aroa debería estar ya acostada. Además, el tiempo había refrescado bastante. ¡Qué leñes! Estábamos casi en noviembre y ya se acusaban tela del telón las bajas temperaturas del norte. No había necesidad de que saliesen de casa a esas horas.

Sin embargo, mi jefe obvió todas aquellas circunstancias y se plantó en la estación con la peque, para sorpresa mía. Me encontraba a punto de subirme a un taxi cuando las ráfagas de luz de su Toyota, a cierta distancia, me deslumbraron. Afiné la vista y sonreí cuando me levantó la mano a modo de saludo. Corrí para allá.

—Mami, ¡te he echado de menos! —me dijo la niña nada más montarme.

¿Había escuchado bien? ¿Me había dicho mami o nani, como acostumbraba? Con la música del coche, no lo tenía muy claro. Miré a Enzo.

—Sí, has oído bien. Luego te cuento. —Me había leído el pensamiento, cosa que se le daba de perlas desde siempre.

Aquel fue un buen comienzo, desde luego. Se conoce que mis palabras desde el hospital habían surtido mayor efecto del esperado por mí. Al llegar a casa, le pidió a la niña que se quitase el abrigo y que se acostara del tirón.

—¿Y los zapatos también?

—También, también.

La chiquilla llevaba, bajo el plumas, el pijama puesto.

—Ya está duchada y cenada —me dijo—. ¿Y tú? ¿Has cenado algo?

—Sí, gracias, me he comido un sándwich en el tren.

—¿Quieres algo más? ¿Un chupito de *Disaronno*? —La pícaro mueca que acompañó a la pregunta me dejó un tanto cortada, pero ya no estaba por la labor de dejarme llevar por ningún corte ni niño muerto. Teníamos que hablar y se veía que él tampoco quería posponerlo.

—Venga ese chupito —contesté.

No sabía por dónde empezar, de modo que lo hice por lo más reciente; por lo que me había

separado de él durante esos cuatro días. Al saber lo del cáncer de mi padre, a Enzo se le cambió el semblante de sopetón y se llevó la mano a la boca.

—Ana, cuánto lo siento. No pensé que fuera tan grave el asunto. Es más, incluso llegué a pensar al principio que...

En ese punto, fui yo quien se adelantó a su boca.

—Me lo imagino, creíste que lo de mi padre sería una excusa para solventar mis problemas con ese marido mío, ¿no?

—Poco más o menos. ¿Por qué no me lo contaste en su día?

—Tenía miedo. Mucho miedo.

—¿Miedo a qué? Ana, ahora eres tú quien me lo está metiendo a mí. Ponte en mi pellejo. Vuelves de la panadería sin el pan, blanca como si hubieses visto a un fantasma y diciendo que has tropezado por la calle y que te has caído. Luego me cuenta mi madre por la noche que eres la misma chica que discutía con su marido en la cafetería de al lado y que ha notado ciertas miradas entre nosotros. Me preguntó en cuanto te acostaste que qué es lo que estaba haciendo con mi vida, que si no había tenido bastante con el jaleo de lo de...

Frenó a lo justo, y es que se le debió escapar, pero yo estaba segura de lo que venía a continuación: el jaleo de lo de Sandra y su lío con aquel hombre que, por cierto, también estaba casado. Quise probar hasta dónde podía llegar su sinceridad conmigo y le tiré de la lengua.

—¿Qué jaleo?

—Da igual.

—¿Seguro? —le pregunté mirándole fijamente a los ojos.

—Bueno, no, no quiero más secretos entre nosotros para que no haya más malentendidos.

Enzo me contó esa misma historia que yo ya conocía por Laly, solo que desde su perspectiva y ahondando más en ella. Como es normal, me hice la nueva.

—...y aunque por mis sospechas las teníamos cada dos por tres, lo negaba sistemáticamente. Estaban en lengua de todo el mundo, sí, pero yo nunca tuve suficientes pruebas en mis manos, hasta que me topé con aquel fulano y le encaré. Tuvo los huevos de gritarme que era a él a quien quería, que yo no la merecía...en fin. ¿Comprendes ahora por qué detesto tanto la mentira?

—Perfectamente.

—Pues es tu turno. Quiero que me cuentes todo sobre ese tal Armando.

Así lo hice, allí sentada en el sofá, a su lado. Y no solo de él. Aproveché también para hablarle, aunque más por encima, de Dani y de cómo me había apartado de su vida. Después de contarle mi vida sentimental de pe a pa, Enzo me dio un abrazo. “Tú también has tenido muy mala suerte en el amor, criatura”, me dijo con dulzura, a la par que me frotaba ligeramente la espalda con la palma de su mano.

Supongo que, después de todo lo oído, también se debió meter él en mi piel, y de ahí que ya no intentase nada más, aunque debía estar deseándolo tanto como yo. Lo dejó un poco a la suerte, por así decirlo. Se levantó de repente y me cogió de la mano para que yo hiciera lo mismo.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Cuando vi que íbamos directos hacia su despacho, imaginé de qué se trataba. Acerté de lleno. Sobre su mesa, aquello, envuelto en papel de regalo y rematado por una preciosa lazada, no dejaba lugar a dudas para esta que está aquí.

—Ábrelo. Te lo iba a regalar la semana que viene por tu cumpleaños. Quería darte la sorpresa, pero estoy seguro de que Aroa me la piensa chafar en cuanto se acuerde. Me pilló terminando de envolverlo y ya lo ha visto. Ya sabes cómo son los niños, ¿no? Pues eso, que no paró hasta que se

lo tuve que abrir por narices para ver de qué se trataba.

Al mencionarla, se me vino a la cabeza lo que me había dicho en el coche.

—Muchísimas gracias, no tenías por qué molestarte, pero... una pregunta antes de abrirlo, ¿a qué vino eso de llamarme mami?

—Ah, sí, me preguntó que cuándo volverías. Le dije que no lo sabía con seguridad y me contestó que, a partir de ahora, su mami sería la primera en volver de viaje. Me dio pena, la verdad, pero no seré yo quien le quite esa intención.

Pobrecilla mía. A mí también se me encogió el alma, aunque no dije nada.

—Bueno, vamos allá.

Aparté con cuidado el envoltorio, sabiendo lo delicado del contenido de aquel “paquete sorpresa”, pero la verdad es que al final terminé llevándola cuando observé los acabados tan perfectos de mi retrato. Mi guapísimo italiano se había lucido a base de bien. Fui yo quien se llevó entonces la mano a la boca.

—¡Es una maravilla!

—¿Tú crees?

—Totalmente. No sé cómo agradeceréte.

Estuvo rápido con su respuesta y se la jugó, consciente de sus muchas papeletas en el bolsillo.

—Con un simple beso me doy por bien pagado. ¿Podría ser?

La picaresca de su sonrisa rivalizó con la mía por un instante. Pero no, no fue tan solo un simple beso, sino dos. El primero, corto y tímido como el de dos adolescentes que se enfrentan a la novedad en la materia. El segundo fue harina de otro costal; un beso interminable y con una entrega difícil de explicar.

Lo tengo todavía bien fresco en el recuerdo, igual que el resto de detalles de los minutos que permanecimos juntos en su despacho aquella noche; su cara expectante mientras yo desenvolvía cuidadosamente el cuadro; el roce de sus manos en mi cuello mientras me besaba; las sombras que, por la luz de la luna que se filtraba por la ventana, proyectaban nuestros cuerpos unidos... Por acordarme, me acuerdo hasta de la piruleta chupeteada de Aroa, sobre un *post it*, olvidada en una esquina de la enorme mesa de trabajo de cristal.

Fue ella quien puso nuevamente el corte con sus pesadillas a nuestra función recién comenzada. Desde la habitación de al lado nos llegaron sus llantos. Al escucharla, Enzo y yo nos separamos y soltamos una risilla cómplice, encogiéndonos de hombros. La historia se repetía.

—Tranquila, bonita, tranquila. No pasa nada.

—¡¡No, no, no!!

—¿Qué pasa, mi niña?

—Se han chocado los dos trenes y se quemaban y ya ninguno podía andar más —me explicó entre llantos.

—Calma, cariño, mira —encendí la luz—, ¿ves?, aquí no hay ningún tren.

—Porfita, porfita, quédate a dormir conmigo—Me pedía, rodeándome una pierna con sus bracitos.

Aunque no quería acostumbrarla a eso, ¿qué podía hacer? Con más vera, al percatarme enseguida de la conexión entre su pesadilla y lo que debía rondar su subconsciente; Sandra de viaje por el cielo, yo de viaje por Madrid y ella a la espera. La primera en volver sería en adelante su madre, acababa de contarme Enzo, pero ningún tren llegaba a su destino.

Hacía ya un buen puñado de meses desde que Sandra falleciera. ¿Habría tenido Aroa, en mi ausencia, miedo de que yo tampoco volviera? Era posible. Estaba claro que al angelito todavía le

quedaba un trecho para su estabilidad emocional total, a pesar de mostrarse ya mucho más abierta y alegre que cuando entré a trabajar allí. Y sus siguientes palabras confirmaron mi teoría.

—Venga, pequeña, vamos a dormir.

—Mami, ¿tú nunca te vas a ir de esta casa o sí?

—No —le respondí sin parar a pensármelo.

—Gracias —dijo el padre, que contemplaba la escena con el brazo apoyado en el quicio de la puerta. Le sonreí —. Por todo —añadió.

—No hay de qué.

—Buenas noches. Me acuesto, que mañana toca madrugar.

—Sí. Buenas noches.

Cuando la niña se quedó frita, me levanté de puntillas, cogí el retrato y me lo llevé a mi dormitorio. Descolgué uno de los paisajes de Enzo y lo coloqué en su lugar para contemplarlo desde mi cama.

El tema de los retratos había salido también a colación en la conversación. En realidad, vino a cuento del comentario que yo, intrigada, dejé caer como quien no quiere la cosa, tras confesarme lo de sus cuernos.

—Le hice un cuadro, pero no le gustó mucho porque decía que ella tenía los labios más gruesos y el pelo más claro, así que lo guardó en el baúl del trastero y allí se quedó. Con el tiempo, le hice otro en el que posaba en la playa, pero en una discusión le pegó un manotazo y reventó la tela. No me quedaron más ganas de volver a dibujarla.

—Vaya —fue lo único que se me ocurrió decir.

—A propósito de lo del trastero... se me olvidaba decirte que mañana conocerás a Braulio.

—¿Braulio?

—Sí, es el padre de un colega. Está jubilado y será quien se encargue a partir de mañana de los jardines y de los árboles. Con él no tendremos ningún problema, te lo aseguro. Es un hombre muy formal en todos los sentidos, te va a caer bien.

—Estupendo.

Nuevos personajes en la casa a partir del día siguiente. Hablando de personajes; aunque no me esté bien decirlo porque no está ya en este mundo y no se puede defender, deduje que la mujer de Enzo también debía ser fina filipina, como la suegra. No solo por lo del engaño, que bastante ya, sino por lo del puñetazo al cuadro.

Con todo y con eso, él me había reconocido que la quería y que estaba enamorado de ella. En fin, ¿en qué familia no se cuecen habas? Dejé de pensar en todo aquello y puse la mente en blanco, tratando de echarme a dormir, que ya era hora.

Lo que contaba era que ya estaba de vuelta y que los nubarrones habían quedado atrás. Las aguas volvían a su cauce (se nota que me encantan las expresiones coloquiales y los refranes, ¿verdad?).

Capítulo 12



Me levanté como nueva al día siguiente. Había dormido como un lirón. Enzo ya andaba trapicheando por la cocina con Aroa, así que me apresuré para desayunar con ellos. Al verme aparecer, me saludó con una amplia sonrisa.

—Estaba preparando café para dos, como diría Paloma San Basilio —soltó una risilla—. Por cierto, te iba a preguntar si quieres acompañarnos hoy al cole.

Me quedé un tanto sorprendida, pero acepté encantada el plan, más ancha yo que larga. Dejamos a la niña en el colegio y desde allí nos fuimos a comprar el pan al mismo sitio de siempre. Enzo aparcó a cierta distancia.

—Baja conmigo —me pidió.

Lo hice, aunque tampoco me esperaba lo que hizo a continuación. Lloviznaba aquella mañana, así que abrió su paraguas, me metió bajo él y me echó el brazo por encima del hombro.

—A ver si tenemos suerte de encontrarnos hoy con el tipo ese, hombre. Se le van a quitar las ganas de cachondeo de una vez por todas.

—No, por Dios bendito, espero que no.

Y no, no nos lo encontramos. Con quien sí que nos dimos de bruces al entrar en la tahona fue con Arancha, la madre de una compañera de Aroa que cumplía cinco añitos ese día. La había invitado a la celebración en su casa por la tarde.

—Luego te la acercamos —le comentó él—. Uy, perdona, te presento a Ana.

—Un placer —me dijo la chica—. Me suena tu cara, creo que te he visto alguna vez en la puerta del cole.

—Seguramente —respondió Enzo por mí—. Ana vive con nosotros y ha tenido que llevarla alguna mañana suelta cuando yo no he podido. Bueno, pues a las seis entonces, ¿no?

—Sí, pero te iba a comentar, Enzo, ya sabes cómo son estos críos. Belén se ha empeñado en que se queden sus amiguitas a dormir esta noche en casa. No puedo hacerme cargo de todas porque no tengo sitio, ya quisiera yo, de modo que le he dicho que tendría que escoger solo dos, y quiere que se queden Aroa y Lucía.

—Pero, Arancha, no quisiera que te molestara...

—No sufras, las criaturas no me dan ninguna guerra cuando están juntas. Además, hace mal tiempo y dicen que va a llover a cántaros a partir de las ocho, con que así te ahorrarás el tener que volver a salir de casa para recogerla.

—Está bien, como quieras.

—Eso sí, métele en una bolsa una mudita limpia para mañana.

—Descuida. Y gracias.

—De nada. Venga, luego os veo, chicos.

La mujer había dado por sentado que acudiríamos los dos a la cita. Por lo que me explicó más

tarde Enzo, se conocían desde que sus hijas entrasen a la par en la misma guardería, siendo todavía bebés de pocos meses.

—Tengo que acercarme a Gijón a hacer un par de gestiones —me comentó al montarnos en el coche—, pero creo que no me llevarán mucho tiempo. Vente conmigo y aprovecha si quieres para dar un paseo mientras, así cambias un poco de aires.

—Perfecto.

Mi emoción no paraba de crecer. Efectivamente, me fui por ahí a mi bola en tanto que él atendía sus asuntos. Los comercios acababan de abrir. Dando vueltas de un lado a otro, vi en un escaparate de una boutique un vestido de fiesta del que me quedé prendada.

Todavía quedaba un tiempo para la boda de mi amiga Yoli, pero no tenía nada aparente que ponerme y aquel traje me pareció que ni pintado para el evento. No pude evitar la tentación de entrar. El del maniquí era el único que había en la tienda. Complicado probárselo, pensé, pero la chica insistió.

—No te preocupes, mujer, para eso estamos.

Ni corta ni perezosa, dejó el maniquí en cueros y me lo tendió. Me sentaba como un guante, pero cuando ya en el probador me fijé en la etiqueta y vi el precio, casi me caigo de espaldas. No podía permitírmelo. O no debía. Era demasiado. Me dio un apuro monumental, máxime cuando la chavala me preguntó que qué tal y me pidió que me asomase para vérmelo puesto.

—Ni que te lo hubiesen hecho a medida, chica.

Me dejó sin argumentos para dejárselo allí plantado en el mostrador porque era cierto lo que decía. Además, yo había entrado por la puerta con los ojos haciéndome chiribitas con el dichoso vestido, vamos, que ya no iba a colar decir que no me gustaba por esto o por lo otro. Tuve que improvisar una excusa para salir del paso; al ir a pagar, hice como que buscaba y rebuscaba en el bolso, poniendo cara de circunstancias.

—Lo siento, me he debido dejar la cartera en mi casa. Vuelvo en un ratito a por él.

—De acuerdo.

No sé si me creyó o si se me vio mucho el plumero, pero salí de la boutique con una vergüenza espantosa. Contándole luego a Enzo, nos reíamos a carcajadas los dos.

—...es que tenías que haberlo visto. Era una auténtica virguería, con esa tela rosa fucsia tan brillante y ese escote en pico con lentejuelas alrededor.

—¿No sería por casualidad en "*Mademoiselle*"?

—Pues sí. ¡Hey!, ¿cómo lo sabes?

—No lo sé, solo era una posibilidad. Esa es una de las tiendas favoritas de mi madre. Alguna vez me ha tocado acompañarla.

Antes de arrancar el coche para marcharnos, Enzo me miró a los ojos y volvió a besarme. Mi felicidad ya era extrema a esas alturas. Las horas siguientes fueron igualmente idílicas, aunque me extrañó que, llegado el momento, me enviase a mí sola a llevar a Aroa al cumple de su amiguita.

—¿No te importa? Tengo que hacer varias llamadas de trabajo y terminar unos planos.

—En absoluto.

—Es exactamente en la calle de atrás del colegio, son unos unifamiliares amarillos. Bueno, la niña sabe de sobra dónde es.

—No te preocupes. Ahora vuelvo.

Más tarde entendería que lo de las llamadas y los planos solo había sido una mera excusa para quitarme de en medio un rato. Al regresar, vi que Enzo ya había encendido la chimenea, pero seguía encerrado en su despacho. Para entonces, el tiempo había empeorado mogollón. Hacía un

frío que pelaba y caían chuzos de punta, como suele decirse.

Yo también me encerré en el baño. Me duché, me lavé el pelo y me lo planché a conciencia, incluso me maquillé, acordándome de Yoli. Tras contarle después del almuerzo el giro radical de que había dado nuestra historia, me había dicho que ya podía ir olvidándome de ese careto de muerta que tenía en Madrid y que me pusiera bien guapa para hacerme unos selfies y mandárselos. (“¡Que yo te vea!”).

Me los hice y se los envié por wasap, pero no le entraban. Adiós a mis ganas de cháchara, de manera que, para hacer tiempo hasta la hora de preparar la cena, me acurruqué en el sofá y busqué una peli en el Netflix, pero no iba aún por la mitad cuando llamaron al timbre.

Descolgué el telefonillo del recibidor y vi por la pantallita de la cámara a un chico tras la cancela, con una caja grande bajo el brazo. El pobre debía estar empapándose con aquel paraguas tan chico.

—¿Ana Carrión?

—Sí.

—Le traigo un paquete.

Sin entender nada, pulsé el botón y le abrí. Me sorprendió porque yo no había encargado nada, si bien empecé a sospechar por dónde iban los tiros cuando llegó a la puerta y depositó el bulto en mis manos. ¡No podía ser! Llamé a Enzo y salió al recibidor haciéndose el tonto. Se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿No dices que es para ti? Pues ábrelo, mujer.

Me temblaban hasta las pestañas, lo juro. Tiré del lazo rojo, rompí el brillante papel dorado y... sí, y tanto que podía ser, ¡ahí tenía el flamante vestido rosa primorosamente doblado! No sabía ni qué decirle, ni falta que hizo casi, porque se llevó un dedo a la boca mandándome callar.

—Shhhh. A cambio, quiero que hagas algo por mí.

—Faltaría más. Lo que sea —contesté sin titubear, aunque he de decir que esas palabras me cogieron totalmente fuera de juego. No tenía ni pajolera idea de lo que pretendía.

—Habla con tu amiga Yolanda y pregúntale si puedes llevar un acompañante a su boda—Por sí solo, eso ya me pareció una declaración en toda regla.

—Lo haré, ¡pero esto cuesta una fortuna!, Enzo.

—Ummm, quizás tengas razón. Tendré que pedirte algo más, entonces. Pruébatelo un momento para ver si es verdad que te sienta tan bien como decías.

Con esa sonrisilla tan pilla por añadidura, me lo hubiera comido allí mismo...

Capítulo 13



Parecía hecho a posta. Me refiero a que el numerito me pilló hasta bien peinada y maquillada también. Vaya, que cualquiera que me viese diría que estaba a pique de coger la puerta para largarme de fiesta por ahí, pensé ante el espejo. Era noche cerrada.

Cuando salí de mi dormitorio con el traje y unos taconazos de infarto, Enzo me echó una mirada de arriba abajo y viceversa y bizqueó. A mí me hizo gracia y me eché a reír, más que por la gracia, presa del repentino nerviosismo. El torbellino de emociones no había hecho más que comenzar.

—*Mamma mía*, estás divina... —susurró.

Cual pantera que sorprende de frente a un humano en plena selva, mi guapísimo italiano comenzó a avanzar despacito hacia mí, callado y sin quitarme ojo de encima, y fue acorralándome contra la pared del pasillo hasta dejarme sin escapatoria, y es que, paso que él daba al frente, paso que yo daba atrás.

La diferencia es que yo no le temía a aquella fiera ni huía de ella. Se trataba de un simple juego de seducción, naturalmente, pero me intimidaba en cierto modo tan libidinosa mirada suya. Era como si empezase a encogerme dentro del vestido, como si de repente el juego me viniese grande, tonta de mí, después de haberlo soñado tanto...

Parece que lo estoy viendo ahora mismo. Ya me tenía pillada sin poder retroceder más. Mi sigiloso felino se mordisqueó ligeramente el labio inferior. Al sentir en mi espalda la frialdad del tabique, me estremecí y se me pusieron todos los vellos de punta. Enzo acercó su cara y comenzó a besarme lentamente por el cuello, subiendo poco a poco, buscando con sus labios los míos.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Sentía por la nuca la caricia de la yema de aquellos dedos que iban hundiéndose en mi melena y el cosquilleo de su otra mano ascendiendo por mi muslo, allá donde terminaba la indiscreta raja delantera del vestido.

Con la presión de su cuerpo contra el mío, notaba como su miembro, bajo el pantalón vaquero, se endurecía por momentos, y mi propia humedad traspasando mi tanguita de encaje.

Cuando, en vista del cariz que estaba tomando el asunto, ya suponía que íbamos a montárnoslo allí mismo en pie, se apartó de mí y me miró fijamente, supongo que para ver mi reacción, el muy guasón.

—Bueno, ¿qué? ¿Cenamos o no?

Me quedé perpleja, sin poder creerme lo que acaba de escuchar. Palabrita que me vi por una milésima de segundo friendo las croquetas que aguardaban en el frigo, pero enseguida entendí que se trataba de una más de sus habituales bromas, por el guiño que siguió a su pregunta.

—Cenemos...

Me cogió de la mano y me condujo a través del pasillo. Subimos los dos peldaños de madera que daban al pequeño distribuidor de donde partía su dormitorio. La puerta estaba cerrada a cal y

canto.

—Ábrela.

Pese a parecerme extraño, le hice caso sin decir ni pío, pero con el primer golpe de vista al abrirla, me llevé las manos a la cabeza.

—Uff, ¡no me lo puedo creer! —exclamé—. Esto es demasiado...

—No, cielo, esto es la villa de la principessa, no lo olvides.

Sin duda, el escenario era de cuentos de princesas, pero de cuentos de princesas no aptos para niños precisamente, mira tú por dónde. Enzo había desparramado un sinfín de pétalos de rosas rojas por el blanco edredón y por los almohones, y había colocado estratégicamente en ciertos rincones los porta velas rústicos que le daban esa iluminación tan cálida y romántica al dormitorio.

Con la cubitera de pedestal en que descansaban la botella de *Dom Pérignon* y un par de copas, la suave música de fondo y el calorcito que desprendían los radiadores realizaban la magia que flotaba en aquella atmósfera.

Mi amante me rodeó por las caderas con un brazo, echó el otro sobre mi hombro desde atrás y empezó a cantarme bajito al oído: “*Serás la noche oscura donde arderé, las vigas de esta casa que aún sigue en pie...*”. El escalofrío me recorrió de la punta de los pies a la cabeza. Ahí se calló la boca y comenzó a besarme apasionadamente, mientras mi mente, por inercia, seguía con el estribillo de la canción; “*...porque hueles a tierra, porque sabes a hembra...*”

Sin cortar el tórrido beso, Enzo fue guiándome marcha atrás hasta el borde de la cama. Me sentó en él y me desabrochó la cremallera del vestido, dejándome desnuda de cintura para arriba. Al contemplar mis senos al aire, volvió a mordisquearse el labio. Mis temores y mi corte se iban disipando poco a poco.

—Eres perfecta, —murmuró con voz aterciopelada—.

Se arrodilló ante mí y comenzó a lamer mis pezones, pero mi grado de excitación era ya tremenda, por lo que puse mis dedos en sus hombros, le aparté suavemente y me dejé caer sobre aquellos pétalos, incitándole a desnudarme ya del todo. Lo captó a la primera. Tiró con delicadeza de mi vestido y lo echó a los pies de la cama.

A renglón seguido, se quitó los pantalones y fue desabrochándose los botones de la camisa en silencio, con una parsimonia que no hacía sino aumentar mis ganas de sentirle dentro de mí. No apartaba ni un segundo la mirada de mi cuerpo.

Cuando por fin acabó de desnudarse, extendí mis brazos hacia el frente con las palmas vueltas hacia arriba, reclamando el suyo, pero Enzo tenía otros planes inmediatos.

Volvió a arrodillarse, me abrió de piernas y, sujetándomelas por debajo de las rodillas, hundió su cabeza en mi sexo. Sintiendo los lametones de su revoltosa lengua por todos los recovecos de mi cueva secreta, creí enloquecer. Mis gemidos hasta alertaron a Milord, que pegó un par de ladridos tras la puerta.

Al ver que me tenía ya a punto de caramelo, se tumbó sobre mí con una delicadeza que parecía que temiese romperme, misma delicadeza con que me penetró y cabalgó sobre mis caderas aumentando gradualmente el ritmo hasta hacerme estallar ya de puro placer. No tardó él mucho más en soltar aquellos chorros a propulsión de su virilidad en mi interior, aullando como un lobo.

Sí, fueron tantas las ganas con que nos cogimos que ni tiempo tuvimos de cambiar de postura aquella primera vez, pero no quedo ahí la cosa, como puede imaginarse.

Después de darnos media docena de besos más y de recordarme lo perfecta que me veían sus ojos, se metió en el baño y comenzó a preparar el jacuzzi. Cuando salió, descorchó la carísima

botella de champán francés y se dispuso a servir las copas. Viéndome venir el brindis, recordé el primero, en la cocina, con los vasitos de *Disaronno*, a propósito de mis deseos de conocer algún día Venecia. “Gracias”, fue lo único que salió de mi boca en aquella ocasión. ¡Qué absurda, madre mía!

Me tendió la copa de champán, cogió la suya y la alzó. Yo levanté la mía y le sonreí “burlonamente”.

—¿Por mis sueños?

—Por tus sueños, que ahora son también los míos.

Enzo volvió a guiñarme el ojo y yo no sé cómo no me atraganté con semejante respuesta. Calculándose que el jacuzzi debía estar ya a punto, arrastró la cubitera hasta allí.

—Ven aquí, princesa, —me ofreció su mano—, que vamos a soñar juntos, pero ahora de verdad...

En aquel espectacular cuarto de baño, digno de un marajá, salió la verdadera fiera que se veía venir, pero yo tampoco fui ya un tierno gatito entre sus brazos, la verdad sea dicha. Esta leona que está aquí también se soltó la melena; sacó sus garras y “peleó” hasta la saciedad con todas sus armas.

Dicen que los italianos son muy fogosos, y doy buena fe de ello, pero el mío había dado también con la horma de su zapato. No diré más...

Capítulo 14



Aquella noche fue la que verdaderamente marcó un antes y un después en nuestra relación. No sé qué horas serían ya cuando nos quedamos dormidos abrazados, solo sé que, si no llega a ser por Milord, que empezó a patear la puerta para que le sacásemos por ahí por el campo para hacer sus necesidades, nos da el jueves santo en la misma postura.

—Ay, nooo —refunfuñó Enzo, acomodándose mejor en mi pecho. Me hizo cosquillas con el pelo sin querer, por lo que volví la cara de golpe y me topé con las manecillas del enorme reloj de la pared de enfrente.

—Ay, sííí —le repliqué al ver que eran casi las once de la mañana—. La fiesta terminó, corazón.

—Ummm, que te lo crees tú. Por aquí abajo hay alguien que sigue con ganas de juega.

Al apretar aún más su cuerpo contra el mío para “presentármelo”, no pude evitar la risa.

—Uhh, ya veo. En ese caso, no vamos a darle el disgusto...

Volvimos a hacerlo, aunque sin muchos preámbulos ya para no alterar más todavía al pobre animalito.

—Escucha, Ana —me dijo más tarde—, hoy no te preocupes por el almuerzo. Cuando recojamos a Aroa, nos quedamos a comer en cualquier sitio.

—¿Y qué hago hasta entonces?

Se quedó callado un momento.

—Pues no sé, ¿pasar tu ropa al armario de mi habitación, por ejemplo?

Eso sí que supuso para mí una sorpresa total. Y quizás muchos dirán que Enzo iba muy rápido con todo, pero así sucedieron las cosas y así las estoy contando. Cada uno tiene su forma de ser y está claro que él tenía las ideas más claras todavía.

Dando palmas con las orejas por la alegría, fui acoplando mi vestuario en aquel espacioso ropero empotrado. No volví a dormir nunca más en mi dormitorio. De hecho, desde aquel día me convertí en la mujer de Enzo Rinaldi en el sentido más amplio de la palabra.

Por supuesto, seguía ejerciendo mis labores de cocinera, pero no eran pocas las veces que se venía por la noche a la cocina para hacer, codo con codo conmigo, una pizza casera o lo que fuese. Mientras, nos tomábamos un vinito o una cervecilla.

Me sentía el ser más dichoso de la tierra. Enzo era la persona más maravillosa que había conocido en mi vida. Por otra parte, desde Madrid me llegaban casi a diario las buenas noticias. Desde que a mi padre le diesen el alta el día previsto, todo estaba bajo control. Descansaba en casa recuperándose como un campeón y con más ganas que nunca de comerse el mundo.

Braulio, el jardinero, resultó ser un tipo majísimo también, educado, amable y muy servicial. Desde el principio tuvimos muy buena conexión. En cuanto a Laly, con la que me llevaba a partir un piñón, flipaba con la situación entre su jefe y una (yo ya no le contemplaba como tal).

—...pero me alegro mucho, niña. Por ti y por él, que también se lo merece.

—Muchas gracias, sé que lo dices de corazón.

—No lo dudes. Cuando apareciste el primer día con él por esa puerta del salón y vi el vacile con el que te tendió la mano, me dije que le habías gustado mucho de entrada. Ya te he dicho que conozco a Enzo desde hace años, y será todo lo bromista que tú quieras, pero no suele comportarse así tan fácilmente con ningún extraño.

Esas palabras corroboraron mi teoría de que había sido ya un flechazo por ambas partes al vernos por primera vez, y no solo por la mía.

Aroa era la que me dio un poco de miedo al comienzo, quiero decir que no sabía cómo se tomaría eso que de la noche a la mañana yo ocupase el lugar de su madre en la cama de Enzo, pero la niña asimiló perfectamente el tema desde el minuto uno. Es más, en los días siguientes, parecía como si las pesadillas se le fueran espaciando, pues apenas se despertaba con sus lloriqueos.

—Mami, ¿ya no te tienes que marchar más de viaje? —me había preguntado un par de días después de mi traslado al dormitorio principal.

—No, cariño. Y si tengo que viajar a algún sitio, tú vendrás también conmigo.

—¿Ni al cielo tampoco tienes que ir?

—Tampoco, cariño. Eso está muy alto para mí.

Lo estaría, pero Enzo me estaba haciendo acariciarlo con la yema de los dedos. Para el día de mi cumpleaños, me tenía reservada otra sorpresa muy especial, y es que quiso que conociera a sus amigos, invitándome a cenar por ahí con ellos.

Eso solo hacía reforzar lo evidente, esto es, que lo nuestro marchaba viento en popa y que estaba apostando tan fuerte como yo por la relación, porque una cosa era lo que ocurriese entre nosotros de puertas para adentro y otra muy distinta el que quisiera presentarme en sociedad tan pronto.

Como Aroa se había vuelto a quedar a dormir en casa de Arancha, teníamos vía libre, de manera que aquella noche terminamos tomándonos unas copas con sus amistades en un pub cercano al restaurante. En un momento dado, se excusó con el cigarrillo para salir a la calle y pedirme que le acompañara.

—No me apetecía darte tu regalo delante de la gente.

—¿Regalo? —me acordé del retrato —. Ya me lo diste.

—Eso es poca cosa —dijo metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Toma.

Me puso un papelito redondo en la mano, en blanco y de unos cuatro o cinco centímetros de diámetro, a lo sumo. Yo sí que me quedé blanca contemplando aquello, por lo absurdo en apariencia. Enzo me lo quitó rápidamente y, cuando le miré a los ojos con cara medio de gili, estalló en carcajadas.

—Ya sé que, por tu edad, no habrás jugado de niña a los cromos, pero es fácil. Venga, inténtalo —me dijo señalándome el escalón y se agachó ipso facto —. Ven aquí, pequeña.

¡Qué remedio!, mi chico era así, con que me puse de cuclillas. Enzo dejó el papelito en el escalón y yo ahuequé la mano.

—Vamos, dale ahí sin miedo.

De un solo manotazo, el papelillo se dio la vuelta, aunque esa otra cara que quedó a la vista tampoco me sacó de dudas. Tenía dibujado un puente. ¡ESTO ES UN PUENTE!, ponía debajo. Me partía de la risa, y es que, de repente, se me representó como que estábamos en el “Barrio Sésamo”.

—Muy bien. ¡Y eso es arriba! —señalé el cielo estrellado —y nosotros estamos abajo, Blas.

—Correcto, Epi, así me gusta —me contestó el muy vacilón.

—Pues sigo sin entender nada.

—Tampoco hace falta por ahora, ya lo entenderás mejor desde ahí arriba —Apuntó en la misma dirección que yo con el dedo.

—Oye, guapito, que no me pienso morir todavía, que me queda mucha guerra que darte aún —le hice un guiño.

—Y yo que lo vea —me dijo al hilo, sonriéndome con dulzura. —Hala, guárdatelo, que ya te lo canjearé. Y vámonos para dentro.

—¿Y si me quiero quedar “para fuera”?

—Anda, no seas travieso, Epi.

—Pues no entro “para dentro” hasta que no me des un beso, Blas —le respondí haciendo la pantomima; brazos cruzados, cabeza agachada y cara de mosqueo.

—¿Eres mala, eh?

—¿No decías que estaba muy buena? Tú lo que quieres es volverme loca.

—Uyuyuy, eso recuérdamelo luego en casa, antes de ponerte el pijama.

Así era ya para entonces nuestra relación.

A pesar de no haber conseguido descifrar la misteriosa notita, la guardé en un cajón siguiendo las instrucciones de Enzo y dejé de darle vueltas al coco. Casi ni me acordaba de ella cuando la sacó a relucir días más tarde. Era sábado y estábamos desayunando.

—¿La tienes por ahí?

—La tengo, la tengo, pero lo que se da no se quita, San Rita.

Se echó a reír con mi mohín.

—Anda, tráemela, que te la voy a cambiar por otra un poco más grande.

Ese sobre bien cerradito, con otro puente dibujado en su trasera, tampoco me dio ninguna pista, pero un par de días después lo entendí todo del tirón.

—Ve preparando la maleta, amor. Mañana nos vamos de puente con la niña, así que ya puedes abrir el sobre cuando quieras.

¡Qué cuco, jeje! El puente de la Inmaculada se había echado encima y aquel sobre contenía ni más ni menos que... ¡las tarjetas de embarque para aquel avión que nos llevaría a Venecia! No me eché a llorar allí de pie de milagro, con ellas en la mano. ¡¡¡Qué pasada!!!

—¿Ves? Ya te dije que hay sueños que no son tan difíciles de alcanzar.

¿Qué puedo decir de aquellos tres días que pasamos en su tierra? Además de la ilusión tan grande que me hacía aquel destino en concreto, y con semejante compañía, supuso para mí otro paso muy importante en lo nuestro. Más que nada porque, aprovechando nuestra estancia allí, Enzo me presentó a su tía Antonella y a sus primos Carlo y Dante; gente guay donde las haya.

La felicidad nos rebosaba por todos los poros de la piel, recorriendo todos sus rincones. Creo que no nos quedó ni un solo puente veneciano frente al que no nos hiciésemos fotos, pero mi favorita es una, en góndola, en la que se ve a Aroa entre él y yo, con sus bracitos echados por encima de nuestros hombros. Tiraba de nuestras cabezas para juntarlas con la suya. Hasta el remero, que se había ofrecido a hacérnosla, parecía contagiado de nuestra felicidad.

Fue uno de esos episodios para encuadernarlos en oro, como yo digo, pero ese fue uno más de tantos de los que me quedaban por vivir junto a él. Para original siempre, mi chico, como podrá verse...

Capítulo 15



El tiempo avanzaba y, con la entrada de la primavera, a Yolanda también le llegó su gran día. Obvio que a mi amiga no le importó que fuese con un acompañante, al contrario, le entusiasmó la idea cuando se la comenté en su momento...

—Ja, ja, ja. ¡Qué arte! Faltaría más, me encantará conocerle, Anita. Bueno, a él y a la pitufilla, que me imagino que también vendrá.

—Ainsss, eso te iba a decir. Me da apuro por ti, pero claro... es que la niña es muy pequeñaja y tiene que venir por delante con nosotros a todas partes.

—¿Apuro de qué, chiquilla? No seas tonta. Además, tengo en la lista otros veinte enanos de edades parecidas, así que hemos contratado un grupo de animación para ellos. Descuida, que no se va a aburrir.

Su enlace con Marcos se celebraba en la Iglesia de San Ginés, a dos pasos de la mismísima Puerta del Sol. Parece que todavía la estoy viendo bajarse del coche en aquel enclave mágico del Madrid de los Austrias. Ella sí que parecía una auténtica reina del brazo de su padre, con esa melena suelta de tirabuzones rubios coronada por una espectacular tiara de brillantes de Swarovski.

—Mami, ¿esta es la princesa del cuento que me contaste anoche? —Aroa, agarrada de mi mano, alucinaba viéndola recorrer la alfombra roja hasta el altar con su magnífico traje de corte imperio y media cola.

Cosas de niños; se mosqueó porque quería sentarse en primera fila. Tuve que explicarle que en los primeros bancos se sientan los familiares más cercanos de los novios, poniéndole todos los ejemplos.

—Entonces, ¿ahí me voy a sentar yo cuando tú y papá os caséis?

Su pregunta me cogió de improviso y, por un momento, me imaginé la gloriosa estampa. Enzo, que la había escuchado también, meneó la cabeza dejando caer una risilla.

—Desde luego, esta niña...

Al pie de la escalinata, con la madrina al lado, el novio estaba que no cabía en su esmoquin, viéndola avanzar. Tal era la emoción que desprendía su rostro que creí que iba a romper a llorar como un niño en cualquier momento. De sobra sabía que se casaba con una mujer de bandera, no es porque lo diga yo.

A quien sí que le llegaron las lágrimas hasta los pies fue a mí, pero no entonces, sino casi al finalizar la ceremonia. Yo estaba sentada en medio de Enzo y Aroa, con él a mi izquierda. Justamente cuando el cura estaba haciéndole la pregunta a Marcos, mi chico buscó mi mano con disimulo y me pasó algo. Me obligó a mantenerla cerrada comprimiéndome el puño con la suya,

pero la frialdad del metal le delató.

Con el corazón encogido, escuché sus palabras en voz baja en mi oído.

—¿Y tú, Ana?, ¿quieres a Enzo como esposo y blablablá y blablablá y amarle todos los días de tu vida?

—Y desde el más allá también —le contesté del tirón. ¡Anda que me lo pensé!

Más tarde se me vino el chiste a la cabeza, acordándome de mi propia agilidad respondiendo, y tuve que controlar la risa:

—Si usted tuviera que irse con alguien a una isla desierta, ¿a quién elegiría? Respuesta A, con su marido...

—¡La B! ¡La B, la B!

A lo que íbamos. En resumen, fue un día súper emocionante. Ese mismo día supe por qué parecía como si a Armando se le hubiese tragado la tierra.

Ya en la sala de fiesta, tras la cena, Yolita me pidió que la acompañase al baño para ayudarla a recogerse la cola del vestido y, mientras, contarme “un chisme que te va a gustar”. No imaginé en ningún momento que pudiera ser sobre él.

—Me enteré antes de ayer, por eso no me ha dado tiempo a contártelo.

—Suelta, que me tienes intrigada.

—Resulta que me encontré con Adriana.

—¿Adriana?

—Sí, esa chavala que estaba conmigo en la facultad.

—Ah, vale, vale.

—Fue de casualidad, saliendo de una perfumería. Hacía mucho que no nos veíamos, así que, sobre la marcha, dijimos de entrar en el bar de al lado para tomar una cervecilla y charlar un rato. Total, que se puso a contarme que acababa de romper con el novio porque era un hijo de su madre. Tú sabes, me dio detalles y, la verdad es que mucho había tardado, por lo que me estaba contando. Menudo cacho perro.

—¿Y?

—Pues nada, que me dice que todavía los hay peores, como el ex de su amiga Marta, que aquel otro sí que era para matarlo. En cuanto escuché el nombre de Armando y un par de cosas más, me di cuenta de que no era casualidad, de que hablaba del mismo malnacido.

—¿Y qué más te contó?

—Alucina. Por lo visto, el capullo acababa de comprarle al hijo un patinete eléctrico de esos que van como un rayo. Bueno, pues el niño se cayó con él por un barranco por ahí por el Pardo al día siguiente y se rompió la tibia y el peroné.

—Jo, pobre criatura.

—Y claro, cuando le dijeron allí en urgencias a la madre que tenían que operarle la pierna, tuvo que llamar al padre, como es normal. Parece ser que se puso como un loco a echar sapos y culebras por la boca, maldiciendo su estampa, y que le dijo que tardaría en llegar porque estaba en Asturias, pero que salía en camino.

—Ya, ya, ya...

—No, espérate, que ahí no queda la cosa. Según Adriana, al llegar, la emprendió con Marta allí mismo en el hospital. Se ve que la pobre estaría de los nervios y le dijo algo así como que la culpa la tenía él. Total, que si tú, que si yo, el menda se encendió y la agarró por la mandíbula y le pegó un empujón contra la pared sin soltarla. Ella se puso a chillar pidiendo socorro, mira tú qué numerito, Ana, qué vergüenza de tío. Bueno, para abreviar, que le denunció y le pusieron una

orden de alejamiento. Pero ya sabes tú quién es ese... se la pasó por ahí mismo, vamos, que la quebrantó a las dos semanas con que por pelotas tenía que ver a su hijo, y nada, que terminaron poniéndole una pulsera telemática de esas en el tobillo.

—Eso, como a un canario. Menudo pajarito.

—Tranquila, que, de esta hecha, no creo que le queden ganas de volver a molestarte nunca más.

—Lo estoy.

No le mentía con lo que le estaba diciendo. Con Enzo me sentía amada y protegida.

Al día siguiente de su boda, arrastrando todavía el cansancio del fiestón, fuimos al pueblo a ver a mis padres, los cuales ya habían conocido a mi prometido y a Aroa en Navidades. A Francesca le había sentado como un tiro que la dejásemos sola en Fin de Año, pero ahí también había estado fino mi Enzo.

—Tienes que entenderlo, mamá. Estas fiestas son así, Nochebuena con una familia y Nochevieja con la otra.

—Claro, pero yo no tengo a nadie más que a vosotros.

Aunque se quejaba, ese “vosotros” me sonó muy bien por lo que implicaba. En este punto tengo que añadir que la mujer, desde que Enzo habló con ella para contarle lo nuestro, se mostraba menos malaje conmigo, llamémoslo así.

La gracia es que, por aquello de no quedarse sola, se apuntó a la cena de Fin de Año que organizó el club al que estaba apuntada y allí conoció a un tipo que, no sé cómo se lo montaría, pero logró acaparar su atención. Todavía me pregunto qué vería en él, así de entrada, para darle un voto de confianza, sabiendo una el concepto que Francesca tenía de los hombres en general.

No obstante, como era tan reservada para sus asuntos, nos enteramos por terceros. A fin de cuentas, Oviedo no es tan grande y bastó que la viesen con aquel hombre paseando un par de veces para que la noticia llegase pronto a nuestros oídos.

Al final terminó confesándolo en una de las ocasiones en que vino a casa por aquellos meses. De todas formas, no se dejaba ver mucho por ella...

Capítulo 16



¡Y por fin llegó nuestro turno! Habíamos fijado la fecha para el 7 de septiembre, como en la canción de Mecano, coincidiendo la fecha casi con el primer aniversario de mi llegada a “*Villa de la principessa*”.

Enzo me había pedido que lo eligiese yo todo; el lugar donde casarnos, el sitio donde celebrar el banquete, el destino de nuestra luna de miel, el tipo de boda... como digo, todo. Sin embargo, aunque agradecí su afán por que todo fuese a mi criterio, no me parecía justo dejarle al margen del tema por completo.

Sabía que, como no era creyente, si nos casábamos por la iglesia, lo haría simplemente por darme gusto a mí, no por otra cosa. Pero la verdad es que mí me daba un poco igual en ese sentido, quiero decir que tampoco tenía un especial interés en una ceremonia religiosa. Al fin y al cabo, se trataba tan solo de formalizar nuestra relación, por lo que decidí que la nuestra sería una boda civil.

Había otro tema fundamental, ¿en Oviedo o en Madrid? En Madrid vivían todos los míos, en cambio, su única familia en la capital de Asturias se reducía a su madre. Amistades allí, Enzo tenía muchas, pero familiares, ninguno, a excepción de ella. Hubiera sido una faena movilizar a todo el personal por mi parte, por tanto, ahí lo tuve bastante claro desde el principio.

Respecto al viaje, lo dejé en sus manos. Diré más: no quise que me lo anticipara, preferí dejar que me sorprendiese. En cuanto a la boda propiamente dicha, de mutuo acuerdo, mataríamos dos pájaros de un tiro en el Casino Gran Madrid, ubicado en el término municipal de Torrelodones. Es decir, allí tendrían lugar el enlace y el posterior banquete.

Desde que se casase en él mi amiga Sofia años atrás, me dije que si algún día le llegaba la ocasión a esta que suscribe, intentaría por todos los medios hacerlo en el mismo sitio.

A mi chico le pareció genial la idea cuando se la expuse y le mostré fotos, tanto de la página web como mías propias en aquella boda. La diferencia entre Sofia y yo sería que ella, pese a casarse también por lo civil, iba con el clásico vestido de novia, nada que ver con lo que yo tenía en mente.

Habida cuenta de que aquel vestido rosa fucsia de “*Mademoiselle*” que Enzo terminó regalándome le fascinaba, encargué a una modista muy aplaudida de Oviedo que me confeccionase a medida otro lo más parecido posible, solo que con tela de raso plateada y más pomposo en cuanto a los detalles. Unas lujosas sandalias altísimas, forradas con la misma tela, y unas horquillas rematadas por estrellas que me colocó con arte Nines, la peluquera, completaban mi *fashion look*.

Conociendo a Enzo, me daba que también aparecería con un atuendo muy distinto al típico de los novios, o sea, nada de chaqué ni similar, y es que no quiso que lo viera de antemano. No me equivoqué.

Cuando fui a bajarme del coche, con los nervios a flor de piel, y le vi allí esperándome junto a una elegantísima Francesca, tuve la sensación de ir a casarme con el mismísimo Elvis Presley en persona.

Mi chico vestía chaquetilla corta en color negro, a juego con el pantalón, de mangas y solapillas en marrón chocolate imitando piel de serpiente. El brillantito del centro de su corbatín sobre la camisa blanca le añadía un toque más festivalero aún a su vestimenta.

La risa me salió sola, pensando que, si lo hacemos adrede, no aparecemos más conjuntados. Se me vienen también a la memoria los aplausos de los invitados cuando puse los pies en el suelo y eché andar del brazo de mi padre, emocionadísimo como yo y, afortunadamente, más fresco que una rosa ya a esas alturas de la película.

No sé quién de los dos estaba más ilusionado, si mi amado o si yo, porque no se cortó ni un pelo a la hora de arrancarme allí mismo en la entrada de los brazos de mi padre.

—¿Me la cede, Juan Carlos?

—Cómo no —le contestó el pobre mío a pesar de su asombro. Y me entregó a él.

Yo sí que no sé cómo no di un tropezón por esos peldaños que conducían a la recepción del casino, porque no podía ir más nerviosa ya. Iba a casarme con un ser excepcional en todo y por todo, que me había dado la estabilidad que tanto necesitaba en mi vida. Enamorados, no, lo siguiente. Así estábamos Enzo y yo.

Fue una boda preciosa, y no lo digo por orgullo, es que todo el mundo nos la alabó antes de despedirse. Me faltan palabras para describir lo que sentía en plena ceremonia, la cual tuvo lugar en la discoteca, con todos nuestros invitados en las sillas dispuestas en semicírculo detrás de nosotros.

Tal era el estado de nerviosismo mío que, llegado el momento, me veía incapaz de colocarle la alianza de lo que me temblaban las manos. Lo mío me costó porque se me resistía a la altura del nudillo de su dedo. Encima, el muy guasón de mi chico no tuvo otra ocurrencia que flexionarlo y tensarlo un par de veces con el cachondeíto para complicarme más la cosa, con una risilla disimulada que me contagió.

A nadie se le pasó inadvertido el gesto y más de uno también se echó a reír. En las fotos, de las que se encargó mi cuñado Alfred por dedicarse a ello, quedó plasmado tan simpático momento.

Todo salió a pedir de boca aquel día en que me convertí en su mujer oficialmente. Mi Yolita, embarazada para entonces de un par de meses, contribuyó con la organización con detalles como, por ejemplo, asistir con Marcos en representación nuestra a la degustación del menú nupcial, y es que no nos merecía la pena bajar a Madrid para asuntos de poca monta como aquel. Dándole ellos el visto bueno a los platos, todo quedaba dicho.

Si el casamiento como tal fue de cuento, el almuerzo no se quedó atrás. ¡De *luxe*! Luego, a eso de media tarde, pasamos de nuevo a la disco, despejada ya para poder movernos a nuestras anchas con las copas. En ella bailamos todo lo que quisimos y un poco más.

Fue en aquellas horas cuando realmente pude comprobar hasta dónde daba de sí la faceta como bailarín del que era ya mi marido. Derrochaba gracia a espuertas; lo mismo te marcaba perfectamente los pasos de un vallenato que de un pasodoble o de una rumbita, y es que, bajo aquellos focos, sonó de todo hasta caer la noche.

Aroa también estaba entusiasmadísima y bonita como una muñeca, con sus zapatos azules de charol, tipo Merceditas, a juego con el vestido que ella misma había elegido por ser “como el de la Cenicienta, mami”.

Una de las veces en que me acerqué a la barra, Francesca, feliz también con su Norberto, se

bajó del taburete y se me acercó sonriente.

—Solo te pido una cosa, Ana, pórtate como Dios manda con mi hijo y hazle feliz. Ya hablaremos algún día...

Me llamaron mucho la atención esas últimas palabras, pero, efectivamente, lo que quisiera que fuese que quería contarme tendría que esperar. No era el momento.

Era nuestro gran día, uno de los más emotivos de mi vida con diferencia, era un auténtico sueño convertido en realidad...

EPÍLOGO



Han pasado cerca de cuatro años desde entonces y no puedo decir que seamos tan felices como lo éramos en aquellos tiempos. ¡Lo somos mucho más todavía! Y cuando digo somos, tengo que añadir más nombres a la lista.

Un año y pico después de nuestra increíble boda, a la que siguió un viaje inolvidable por Nueva York, vino al mundo la pequeña Alba para colmar nuestra felicidad. La cara de Enzo sí que era para haberla retratado cuando le di la noticia de mi embarazo. Para ello, le preparé una romántica cena en el salón de casa a la luz de las velas, croquetas incluidas, por supuesto.

Se le saltaron las lágrimas y solo le faltó un babero cuando empezó a relatarme cómo imaginaba que sería nuestro bebé. Más o menos, acertó en su predicción; de pelo oscuro, piel blanquita y ojos risueños como los suyos.

En el carácter fue donde se coló, y es que mi marido se lo figuraba muy revoltosillo, un trasto, como suele decirse, pero esta hija nuestra es de lo más tranquilo del mundo. Mucho tendría que cambiar la cosa, porque de verdad que, hoy por hoy, Alba es tranquila y obediente como ella sola. Basta que se le diga que no toque esto o aquello, para que se de media vuelta sin más y siga con lo suyo.

Aroa también es un encanto total de criatura. Atrás quedaron sus llantinas nocturnas y sus malos sueños. Por contradictorio que parezca, hizo la Primera Comuni3n hace unos meses, puesto que al padre no se le ocurrió ni por asomo quitarle a la ni3a esa misma ilusi3n de sus compa3eros de clase. La mayor3a hemos pasado por ello y sabemos en qu3 consiste.

La llevamos a Disneyland Par3s para celebrarlo, como no pod3a ser de otra forma; ella ten3a que ver en persona a todas esas princesas de cuento descritas tantas veces por mi boca. Tenemos sobre la chimenea una fotograf3a enmarcada muy chula en la que aparecemos los cuatro en compa3a de Blancanieves. En la imagen, Aroa sostiene en brazos a Alba, y es que para ella es su mu3eca preferida desde que naci3 y no la deja a sol ni sombra.

Lo que no sab3a ni siquiera yo en aquel momento es que ven3a otra en camino. ¡S3! ¡Estoy a punto de dar a luz otra vez! Esta otra hija nuestra se va a llamar Amanda, completando el equipo A, como Enzo nos llama a las tres. Y ser3 la 3ltima, seg3n nuestros planes, porque a este paso nos van a faltar hasta dormitorios en casa. No, ahora en serio, creemos que con tres est3 bien.

Mi Yolita tuvo tambi3n una ni3a mon3sima a la que llam3 Abril. ¡Otra que parec3a tener predilecci3n por los nombres empezados por A! Ella tambi3n est3 encantada de la vida con su Marcos. Se lo merece.

Hablando de hijas, viene al hilo eso que le qued3 pendiente a Francesca de decirme cuando est3bamos en plena celebraci3n de nuestra boda.

Estaba yo ya embarazada de Alba, aquel mediod3a en que vino a comer a casa con Norberto (ven3an de tarde en tarde). Enzo andaba por el garaje revisando un problemilla con su coche y el

noviete de mi suegra se ofreció a echarle una mano. A solas en la cocina, mientras yo terminaba de preparar el almuerzo, me habló del asunto y ahí entendí mejor muchas cosas.

Al parecer, Sandra no había estado liada solamente con aquel concejal. Por lo que me relató Francesca, a poco de casarse con su hijo, ya tuvo un affaire con un enfermero del hospital Monte Naranco. Aunque esos otros cuernos no trascendieron, la mujer tenía constancia de ellos de muy buena tinta.

—...y se dio la coincidencia de que por entonces se quedó embarazada de Aroa. Como comprenderás, pensé que la criatura bien podía ser del otro.

Me quedé petrificada con aquella revelación, pero había todavía algún que otro fleco suelto para mí en tan inesperada historia.

—Lo que no entiendo es que usted no le dijese nada de esto a su hijo en su momento.

—Todo tiene su explicación, mujer. Mi hijo estaba muy enamorado de aquella pelandrusca y yo sabía que le haría polvo yéndole con el cuento, además, en cuanto Sandra supo que estaba en estado, dejó de verle automáticamente. Yo estaba entre la espada y la pared. ¿Y si resultaba que la criatura sí era de mi Enzo? Habría armado un follón muy gordo entre los dos, de manera que decidí mirar para otro lado, pensando que había sido un capítulo aislado que no se repetiría.

—Ya voy entendiendo.

—Aunque una sea la madre, los temas de pareja son muy delicados, pero no te creas que se lo perdoné. Ya sé que no tengo fama de ser muy simpática que digamos, y todo lo que tú quieras, pero es que...uf, le cogí un tirria horrorosa ya, y es que ella tampoco era la caricia de una pluma, que lo sepas.

—No hace falta que me diga más, Francesca, me pongo en su caso.

—Luego nació la niña con esa cabellera pelirroja como la madre, pero con muy poquito de mi hijo, por no decir nada, y...

Y decidió seguir callando para siempre porque Enzo estaba que chocheaba con su bebé en brazos. Francesca sabía que le destrozaría si abría la boca. Aparte, el que no le viera ningún parecido físico no demostraba nada. Tarde ya para contarle lo del lío de su mujer con el enfermero.

Por un momento me quedé observando desde la ventana de la cocina a Aroa, que andaba jugando por el jardín con Alba. Nunca me había parado a pensarlo, pero era cierto que la niña no se parecía a Enzo. No obstante, tampoco a mí me pareció algo demasiado relevante. No era tan extraño. Dicen que yo soy el vivo retrato de mi madre, y lo soy, pero de mi padre no tengo casi nada, más allá del carácter.

Años después, Sandra ya se puso en boca de la gente por lo del concejal, pero para entonces acababan de diagnosticarle la enfermedad.

—...o al menos eso pensé, que lo suyo con él era reciente, pero a saber desde cuándo... El caso es que su doctora es muy buena amiga mía —prosiguió la italiana— y desde el principio tuvo claro que no saldría de aquellas, como me hizo saber. Lógicamente, no se lo pintó así de crudo ni a ella ni a mi hijo. Al revés, trató de quitarle hierro hablándole de los tratamientos, la operación y todo eso, pero sabía que Sandra estaba sentenciada. Y yo veía a mi hijo roto de la pena y del miedo. No, no tenía ya sentido decir ni media, Ana. Si se enteraba, desde luego no iba a ser por mi boca.

Muy fuerte todo lo que yo escuché de la de Francesca aquel mediodía. No dejé de darle vueltas a la cabeza mientras comíamos. Para Enzo, Aroa era su hija. Para mí también lo era, pues la consideraba como tal. Lo hablado entre nosotras no saldría nunca de las paredes de aquella

cocina. Su hijo y yo éramos sumamente felices y no quería que bajo ningún concepto nuestra felicidad se viese enturbiada.

Tampoco quiero que nadie piense que, tal vez por aquel motivo, Francesca fuera tan así con Aroa. Ni con Aroa ni con Alba ni con Perico el de los palotes, se trata simple y llanamente de que mi suegra no es una mujer muy niñera, pero bueno, otras faltas hay por ahí peores, ¿no?

Cambiando de tema; pese a que Enzo es también uno de los hombres más generosos que he conocido en mi vida y con él no me faltaba de nada, quise volver a trabajar cuando Alba entró en la guardería. La llevé porque siempre he pensado que es algo positivo para los niños. Creo que a los críos les viene bien relacionarse desde muy pequeñitos entre sí.

Pero, como decía, me apetecía volver a currar, puesto que siempre me ha gustado ser una mujer independiente económicamente. Mi marido lo entendió y me animó a buscar empleo, de manera que pronto entré a trabajar a media jornada en una empresa de catering para grandes eventos.

De ese modo me quitaba la espinita y podía, a su vez, seguir disfrutando de la crianza de mis niñas. Llevo dos semanas de baja porque el barrigón me pesa ya demasiado, pero pienso reincorporarme después de dar a luz a Amanda en cuanto pueda.

Por suerte, lo de mi padre quedó tan solo en un gran susto, ya que salió totalmente limpio tras la operación y las pruebas de colon que le han hecho en estos casi cinco años han salido también perfectas.

Todos los míos gozan de buena salud, tengo unas niñas riquísimas y el marido más completo que pueda imaginarse, enamorado de mí hasta la médula. ¿Se puede pedir más?

Hoy por hoy las cosas están así y doy gracias a la vida por todo lo que me ha regalado, pero cuando me acuerdo de ciertas cosas del pasado, me echo las manos a la cabeza. Uffff, madre del amor hermoso, ¡casi pierdo el norte!